



Universiteit
Leiden
The Netherlands

Arqueología en la línea noroeste de la Española, Paisaje, cerámicas e interacciones

Ulloa Hung, J.

Citation

Ulloa Hung, J. (2013, April 23). *Arqueología en la línea noroeste de la Española, Paisaje, cerámicas e interacciones*. Retrieved from <https://hdl.handle.net/1887/20841>

Version: Corrected Publisher's Version

License: [Licence agreement concerning inclusion of doctoral thesis in the Institutional Repository of the University of Leiden](#)

Downloaded from: <https://hdl.handle.net/1887/20841>

Note: To cite this publication please use the final published version (if applicable).

Cover Page



Universiteit Leiden



The handle <http://hdl.handle.net/1887/20841> holds various files of this Leiden University dissertation.

Author: Ulloa Hung, Jorge

Title: Arqueología en la Línea Noroeste de La Española. Paisaje, cerámicas e interacciones

Issue Date: 2013-04-23

CAPÍTULO III. LAS ANTILLAS MAYORES Y LOS ESTUDIOS DE ARQUEOLOGÍA DEL CARIBE

3.1 Introducción

En el presente capítulo se abordarán de manera crítica algunos de los esquemas más recurrentes y generalizados al momento de enfrentar el estudio y la comprensión de las comunidades indígenas en este sector del archipiélago antillano (Las Antillas Mayores). Este enfoque se asume a partir de la conjugación de informaciones arqueológicas, históricas, y lingüísticas, generadas en las últimas décadas por especialistas e investigadores de diversas corrientes de pensamiento, instituciones académicas o de investigación. Esa perspectiva también corre paralela al importante proceso de internacionalización que en los últimos años han experimentado los estudios sobre las comunidades indígenas del Caribe, y con el intento de romper el aislamiento y las barreras al conocimiento que muchas veces se crean desde las consultas unilaterales de fuentes y resultados de investigación generados en un solo idioma (sobre todo inglés o español). Con esa finalidad los criterios de integración e interacción no solo se visualizan como conceptos o perspectivas teóricas aplicables en la interpretación del mundo precolombino antillano, sino también, como procedimientos cada vez más necesarios en nuestro propio quehacer científico.

En concordancia con lo anterior hemos procurado la integración (no la segregación) de la información disponible sobre aspectos que consideramos trascendentales en la arqueología de las Antillas Mayores. La forma en que esa información ha sido organizada busca generar un análisis crítico y de ruptura con algunos de los esquemas que aun son comunes al momento de abordar la historia pre-colonial de este espacio de las Antillas. Un objetivo básico ha sido mostrar la complejidad y diversidad de unas poblaciones que desde los raseros históricos o arqueológicos más tradicionales han sido concebidas como patrones culturales aislados y homogéneos. A partir de ese objetivo general, la presente revisión también pretende impactar en el enfoque tradicional de la llamada problemática del Meillac/Meillacoide en tanto esta constituye una de las expresiones culturales más extendidas en la edad cerámica de la parte más occidental del Caribe, y de la región que constituye el centro de la presente disertación.

3.2 Las Antillas Mayores. Homogeneidad vs diversidad cultural

El tema de la diversidad y variabilidad cultural de las comunidades indígenas que poblaron el archipiélago del Caribe ha sido de trascendencia durante décadas. Si bien estos fenómenos no pueden considerarse nuevos en la historiografía y la arqueología de la región, lo que sí parece novedoso es el peso que actualmente han adquirido los paradigmas de continuidad histórica, interacción y transculturación, al momento de abordarlo.

El análisis de las ideas de homogeneidad o diversidad cultural de las comunidades indígenas de las Antillas Mayores, indica que estas se encuentran en relación directa con la asimilación por parte de la arqueología de las descripciones realizadas por las fuentes históricas de la conquista (Fernández de Oviedo 1851 T. I:25-77; Las Casas 1875 T. I; Fernández de Navarrete 1922:16-235; Real Academia de la Historia 1885 T. I; Pané 1990; Martyr de Anglería 1964 T. I:60-157); López de Gómara 1922 T. I:42-112), las cuales han tenido (aún lo tienen) gran peso en los estudios del período precolombino (Cassá 1992; Deive 1995; Guerrero y Veloz Maggiolo 1988; Moscoso 2003; Robiou Lamarche 2005; Stevens-Arroyo 2006; Sued Badillo 1995; Wilson 1997, 2004).

La controversia homogeneidad vs diversidad también corre paralela al desarrollo de la disciplina arqueológica en el área, y por tanto en relación con distintas conceptualizaciones y enfoques teóricos-metodológicos esgrimidos al estudiar los grupos indígenas. En ese sentido podría argumentarse una incidencia de dos aspectos esenciales:

1. El uso y fundamentación arqueológica de terminologías etnohistóricas para designar a los grupos indígenas, lo que se ha traducido en un intento de establecer analogías entre las ideas de culturas etnohistóricas y las de culturas arqueológicas.
2. El establecimiento de patrones culturales (arqueológicos) con una contraparte temporal, espacial y social supuestamente homogénea y extrapolable al interpretar la cultura material de los contextos.

3.3 El uso y fundamentación arqueológica de terminologías etnohistóricas

3.3.1 Una primera dicotomía cultural

La antropología social ha reconocido la importancia de los términos relacionados con las adscripciones étnicas para el estudio de los grupos humanos, pero a su vez ha examinado la dificultad para registrar las mismas. En el caso de las sociedades del pasado cuya representación actual se percibe básicamente a partir de las evidencias materiales (es el caso de las comunidades indígenas del Caribe), la situación se torna aún más difícil por la escasez de datos disponibles. En ese sentido no es de extrañar que algunas de las nomenclaturas usadas para definir estos grupos hayan sido básicamente construidas a partir de una tipología de rasgos emanados desde las fuentes etnohistóricas (Curet 2006; Hulme 1993; Petersen *et al.* 2004) en conjunción con indicadores arqueológicos.

Estas caracterizaciones, basadas en observaciones, comentarios y valoraciones europeas, evidentemente no están exentas de matices etnocéntricos e intereses políticos y económicos, o permeadas del asombro al enfrentar una realidad completamente desconocida. En esas primeras distinciones tienen especial peso ciertos matices que, con sentido comparativo, reconocieron los colonizadores. Dentro de ellos sobresalen detalles sobre lenguajes diferentes, o sobre el uso de palabras distintas para designar un mismo objeto; detalles sobre formas de vestir y adornarse o sobre lugares y regiones donde habitaban los grupos humanos, y evidentemente sobre las aptitudes asumidas por estos en su encuentro con el europeo. Algunos pasajes elocuentes en ese sentido es posible encontrarlos en descripciones que sobre la isla de La Española aparecen en documentos relacionados con el primer viaje de Cristóbal Colón.

Salidos, hallaron ciertos hombres con sus arcos y flechas, con los cuales se pararon a platicar (...) y rogaron a uno dellos que fuese (...) a hablar al Almirante, (...) el cual (...) era muy disforme cuanto al gesto, tenía el gesto todo tiznado de carbón, (...); traía este todos los cabellos muy largos, cogidos y atados atrás, y puestos en una redecilla de plumas de papagayos (...) Sospechó el Almirante si era caribe de los que comen hombres, pero no era, porque nunca en esta isla jamás los hobo (...) (Las Casas 1875 T. I:433-434)

Es aquí de saber, que un gran pedazo desta costa, bien mas de 25 ó 30 leguas, y 15 buenas y aun 20 de ancho hasta las sierras que hacen, desta parte del Norte, la gran vega inclusive, era poblada de una gente que se llamaban mazoriges, y otras cyguayos, y tenían diversas lenguas de la universal de toda la isla. No me acuerdo si diferían estos en la lengua, como ha tantos años, y no hay hoy uno ni ninguno a quien lo preguntar, puesto que converse hartas veces con ambas generaciones, y son pasados ya mas de cincuenta años; esto, al menos, se de cierto, que los cyguayos, por donde andaba agora el Almirante, se llamaban cyguayos porque traían todos los cabellos muy luengos, como en nuestra Castilla las mujeres (...)

(...) el Almirante antes que entrase en esta bahía; dijole que en ella había mucho oro (...). Aquí no llaman caona al oro como en la primera parte desta isla, ni nozay como en la isleta de Guanahani Sant Salvador, sino tuob (Las Casas 1875 T. I:434).

Es innegable que durante un tiempo esas fuentes fueron básicas en el abordaje de la historia pre-colonial del Caribe. Es por ello que la mayoría de los historiadores de los siglos xvii, xviii y parte del xix, esencialmente se limitaron a reproducir las descripciones emanadas desde esos documentos, lo que de hecho contribuyó a acentuar la supuesta validez de los rasgos, terminologías y descripciones culturales mencionadas.¹⁴ En la mayoría de las primeras obras históricas de las Antillas Mayores (Armas 1884; Bachiller y Morales 1883; Charlevoix 1730; Coll y Toste 1897; Del Monte y Tejada 1853; Poey 1853; Schomburgk 1854; Saco 1858; García 1867), una de las designaciones étnicas más populares fue la considerada bajo el término Caribe.¹⁵

¹⁴ Aunque en el siglo xix existieron algunos balbuceos arqueológicos, el principal peso al momento de considerar la homogeneidad o diversidad en las sociedades indígenas del Caribe, lo tuvieron las descripciones etnohistóricas.

¹⁵ Este término apareció reflejado tempranamente en los apuntes del primer viaje de Cristóbal Colón en 1492 y fue obtenido a partir de sus contactos con los indígenas de las Antillas Mayores y las Bahamas. Desde estos, Colón supuestamente recogió las primeras descripciones que con posterioridad contribuirían a otorgarle contenido a ese patrón cultural (Caribe). Dentro de las especulaciones sobre ese particular, Bartolomé de las Casas en su *Historia de Las Indias*, T. I (1875:329) al describir el primer encuentro del almirante con los indígenas de Guanahani, además de hacer referencia a la mansedumbre con que Colón los describe, señala la posibilidad de que ante la pregunta sobre la presencia de monstruos y seres sobrenaturales, estos le hubieran comentado la existencia de unas islas que llamaban Caribes donde habitaban los que comían carne humana.

Las ideas sobre los caribes recogidas en las fuentes históricas, dieron lugar a la primera versión dicotómica de las culturas indígenas antillanas y, de hecho, contribuyeron a crear las ideas iniciales de una geografía humana caribeña. En ella los habitantes dóciles y bien dispuestos para ser “civilizados” se encontraban en la región o espacio más occidental de las islas. Estos eran los no/caribes, denominados posteriormente bajo el término arauacos o indios. Del otro lado se encontraban los más crueles rebeldes y caníbales, los que se localizaban en las islas¹⁶ de la parte oriental.¹⁷

En ese caso la antinomia violencia-docilidad, resistencia-colaboración, funcionó como estructura inseparable del pensamiento colonial hasta el siglo XIX, y en algunas ocasiones su cuestionamiento y revisión pudo funcionar como una pauta para estimular la temprana investigación arqueológica en el Caribe, o para cuestionar el propio derecho de España u otras potencias europeas a permanecer en sus colonias de América.¹⁸

En el sentido arqueológico, la naciente arqueología caribeña, sobre todo del siglo XIX en la Antillas Mayores, concentró algunas de sus primeras discusiones en torno a la determinación de la presencia de los caribes en esa parte del archipiélago (Abad y Lasiera 1866; Armas 1884; Rodríguez Ferrer 1876 T. I; Bachiller y Morales 1883; Fewkes 1891). Esas discusiones casi siempre estuvieron basadas en el hallazgo de cráneos deformados, o en el examen descriptivo de objetos aislados que se consideraban la supuesta representación arqueológica de los caribes.

A partir del siglo XX el debate arqueológico sobre la dicotomía arauacos/caribes tomó otros derroteros. Las discusiones comenzaron a ser enfocadas principalmente hacia el tema de los orígenes y del canibalismo (Allaire 1996; Helminen 1988; Myers 1984; Sued-Badillo 1995; Whitehead 1988) y más recientemente derivaron hacia cuestiones como la etnicidad, la identidad y su representación a través de la cultura material (Allaire 1987; Boomert 1995; González 1988; Hulme y Whitehead 1992; Sued-Badillo 1995; Wilson 1993; Veloz Maggiolo 1991:200-201, 2006).

En relación con esa discusión algunos investigadores (Davis y Goodwin 1990; Hulme 1993; Whitehead 1995; Keegan 1996; Wilson 2004:269-272) han señalado la poca correspondencia entre los planteamientos de las crónicas y las investigaciones arqueológicas. Estos estiman que no existen evidencias que realmente argumenten o sostengan una invasión Caribe hacia las Antillas Menores en ningún momento (siglo XII o siglo XV d.C) y consideran que la existencia de las llamadas islas de los caribes debe evaluarse en el contexto de las variaciones regionales y en relación con la diversidad y heterogeneidad cultural que existía al momento del contacto con los europeos. Del mismo modo sobre la existencia de los caribes en tiempos coloniales (siglos XVII y XVIII) esta posición no descarta las consecuencias¹⁹ que en el ámbito político y étnico produjo la colonización europea así como los cambios en las esferas de interacción entre tierra firme y las islas que pudo generar ese fenómeno (Amodio 1991; Hulme 1993; Whitehead 1995).

Ese debate adquirió aún mayor complejidad cuando se tomaron en cuenta las descripciones históricas sobre la diversidad lingüística, en particular, respecto a la dicotomía Arauaco/Caribe, algunos autores han reconocido la existencia de una homogeneidad (Sued Badillo 1978:104; Davis y Goodwin 1990; Whitehead 1995; Valdés

Otras referencias tempranas a los llamados caribes que aparece en la obra de Las Casas se encuentran en sus narraciones sobre el encuentro del almirante con el cacique Guacanagarí de La Española, donde este le comentó de su existencia como supuestos enemigos (Las Casas 1875 T. I:402).

¹⁶ Sobre la real existencia de los caribes algunos historiadores (Hanke 1958; Hulme 1993; Sued Badillo 1978, 1995) han manifestado sus dudas, al considerar que los mismos son en realidad el resultado de la hilvanación de varios factores; el desconocimiento del lenguaje y la cosmogonía indígena por parte de los europeos; la predisposición hacia lo fantástico que poseían los mismos; y las esperanzas e intereses exploratorios del propio Cristóbal Colón.

¹⁷ En esa dualidad también se percibía una marca europea sobre los nativos de la región (indios de paz e indios de guerra) que se encontraba estrechamente articulada con las formas de actuar frente a los mismos.

¹⁸ En ese sentido, las configuraciones sociales prehispánicas en el Caribe han sido, y siguen siendo, un tema de debate y controversia. En la historiografía han existido dos sectores de opinión (Fernández Buey 1995:67-79). Uno de ellos básicamente heredero de la tradición apologista de la conquista española de América, que sostuvo la existencia de dos complejos culturales bien diferenciados por su origen, costumbres, tradiciones sociales, lenguaje, además de su perpetua confrontación. El otro sector ha sido defensor de la homogeneidad cultural en el Caribe prehispánico, argumentando que las diferencias materiales y sociales deben comprenderse en base a desigualdades socioeconómicas, y de modalidades regionales resultado de los procesos de adaptación a variables ecológicas de cada isla.

¹⁹ Dentro de este punto de vista, autores como Whitehead (1995) plantean que la base esencial para entender el tema de los caribes se encuentra en las transformaciones llevadas a cabo por la irrupción europea en las islas y en parte de tierra firme. Así mismo pone énfasis en la relación de la pluralidad étnica y de identidades culturales, y en la permeabilidad de las fronteras que definían las mismas y no en la conquista de parte de las Antillas Menores por estos grupos. En ese sentido, las llamadas islas caribes se consideran el resultado de una cultura postcolonial que es inherente a todas las tradiciones culturales de los nativos del Caribe.

Bernal 2003); en torno a un solo *phylum* lingüístico (Arauaco) para todo el Caribe insular al momento del contacto europeo, por lo que niegan la existencia de los llamados caribes desde el punto de vista étnico. Otros criterios, que consideramos más acertados (Wilson 2007:138, 144, 178); Veloz Maggiolo 2006) reconocen la existencia de modalidades regionales dentro de ese *phylum* lingüístico Arauaco, las cuales aparecen mencionadas por las crónicas de la conquista y parecen estar en relación con el amplio mosaico multicultural que existía al momento del arribo español.

En este caso es necesario aclarar que pesar de esas diferencias, las mismas no impedían la comunicación entre gentes de una misma isla o de islas diferentes, como parecen confirmarlo la mayor parte de los estudios sobre la actual toponimia antillana (Valdés Bernal 2003). Sin embargo, sobre este fenómeno, un modelo (Granberry y Vescelius 2004) con énfasis limitado en las descripciones del padre Las Casas y el estudio de una muestra aislada de palabras se ha empeñado en asumir una cerrada correspondencia entre diversidad lingüística, patrones culturales etnohistóricos y esquemas arqueológicos.²⁰

Un enfoque crítico hacia ese modelo (Hofman y Carlin 2010) puede enfatizar en las incidencias generadas por los procesos de fisión y fusión de las comunidades indígenas del Caribe, así como en la movilidad y el intercambio característico de estas sociedades durante el período precolombino y los primeros tiempos coloniales. Desde esa óptica, el Caribe puede ser considerado un mosaico lingüístico y cultural cuyas fronteras fueron constantemente renegociadas a través del tiempo, y generaron una multitud de redes de interconexión. De ahí que es necesario señalar la pobreza de la evidencia sobre la que se han fundamentado las afiliaciones para cada lenguaje precolombino en el modelo mencionado (Granberry y Vescelius 2004:36 tabla 2), además de que los topónimos usados para establecer las conexiones y los orígenes en ciertos espacios continentales no fueron exclusivos de los grupos con los que supuestamente se han vinculado.

El intercambio de bienes, ya fuera de naturaleza material o inmaterial, es un elemento vital para comprender el traslado de topónimos desde un espacio a otro en lugar de establecer relaciones esquemáticas y directas entre áreas. En ese sentido la movilidad de gentes, materias primas y temas iconográficos indican relaciones entre sitios propiamente antillanos, y las conexiones con Centroamérica y las tierras firmes de Sudamérica. De ahí que el énfasis en la multidireccionalidad de los contactos sobre pequeñas y largas distancias sea vital para comprender la propia dispersión de las palabras.²¹ En esencia, es necesaria una visión que tome en consideración la movilidad y el intercambio entre comunidades que conformaban un mosaico de lenguajes y niveles de complejidad sociopolítica en lugar de establecer relaciones lineales entre representación o presencia étnica y presencia de palabras.

En el plano arqueológico, las investigaciones sobre los caribes de las islas también han recibido importante impulso a partir del estudio reciente del yacimiento Argyle (Hofman *et al.* 2011b) en la isla de San Vicente. Las evidencias materiales recuperadas en ese sitio, señalan hacia una ocupación de finales del siglo *xvi* e inicios del *xvii* que coincide con el asentamiento de los llamados caribes en las Antillas Menores de Barlovento. Aspecto que se complementa con el hallazgo de cerámica típica del llamado complejo Cayo, que ha sido vinculada a los caribes de las islas (Boomert 1995), y con la presencia de elementos cerámicos de las Antillas Mayores (Chicoides) y del continente, junto a materiales europeos. El asentamiento también muestra un contexto con las características y la disposición de un poblado Caribe, aspecto que ha sido minuciosamente definido usando las evidencias arqueológicas y etnohistóricas.

Esa y otras investigaciones arqueológicas recientes han favorecido la ruptura de ideas sobre el supuesto aislamiento y la dicotomía arauacos/caribes al arrojar informaciones sobre las dinámicas de intercambio entre las Grandes y Pequeñas Antillas. A esto se une que desde el inicio de la década del noventa, la Arqueología de

²⁰ Con ese objetivo consideran un lenguaje de la familia Arauaca como la base fundamental de dos lenguas, una a la que denominan taína clásica y otra a la que denominan taíno-ciboney. La distribución de ambas, a su vez, se asocia con los espacios arqueológicos definidos por Irving Rouse (1992) como propios de los llamados taínos clásicos, taínos del oeste y lucayos. Por otra parte, lenguas Eyeri y Kaliphuna son atribuidas a los habitantes de las llamadas islas caribes, mientras una lengua de origen Waroide se considera propia de los Macoriges de La Española y de los Guanahatabeyes del occidente de Cuba. Por último, a los llamados Cigüayos del noreste de la isla de La Española se les vincula a una lengua con orígenes centroamericanos a la que consideran de origen Tolan (Granberry y Vescelius 2004:124-132).

²¹ Algunos de los topónimos que se manejan (Granberry y Vescelius 2004) para establecer ciertos orígenes o conexiones no son exclusivos de los grupos supuestamente relacionados sino que aparecen en un conjunto de grupos, es decir, no están confinados a uno en particular. Es el caso de los vocablos de origen Waroide que se han manejado para establecer conexiones con espacios o áreas específicas. Por otro lado el relativo grado de homogeneidad lingüística observado al arribo europeo más que nada parecer reflejar la complejidad de los vínculos existentes entre las diversas comunidades. En ese sentido los resultados de la movilidad de palabras fueron más ingeniosos y complejos de lo que ahora se puede reconstruir. Por ejemplo, algunas palabras pueden provenir de la denominación de un objeto de intercambio, especialmente si este no se encontraba en el lugar al que era llevado (Hofman y Carlin 2010).

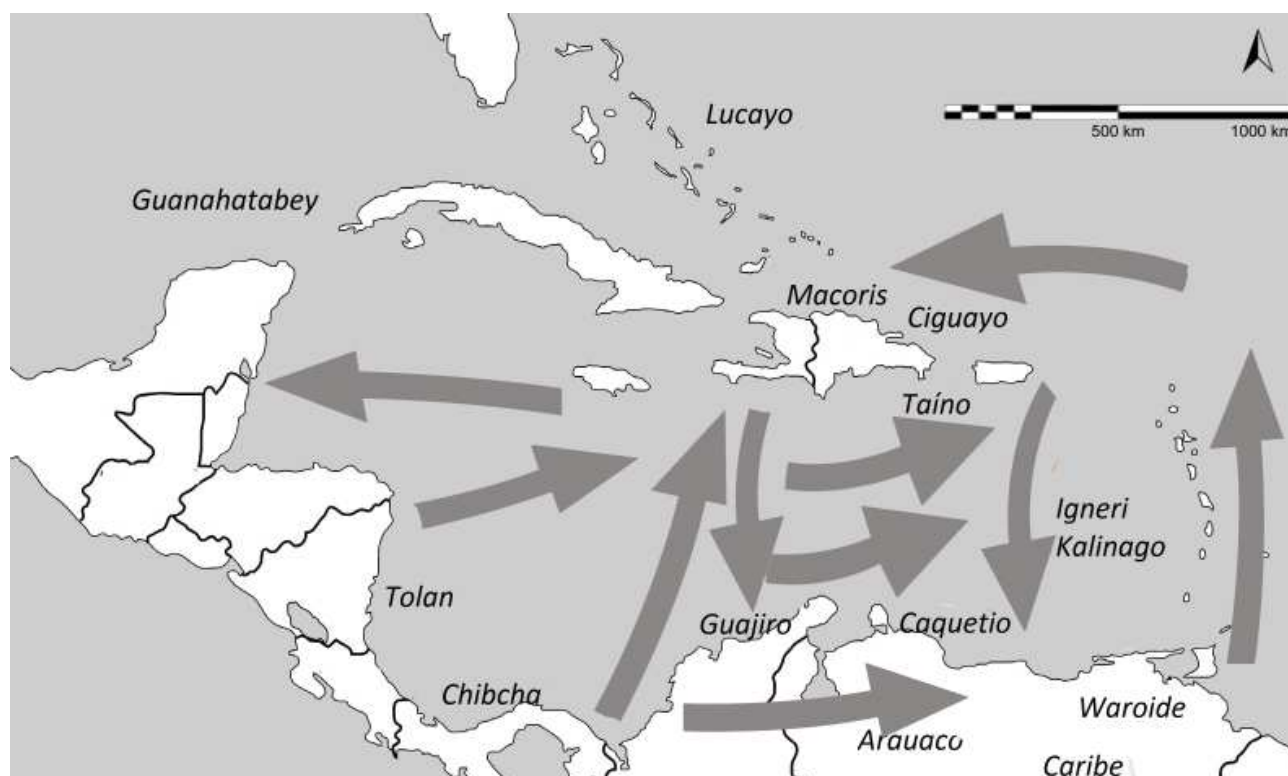


Figura 2. Mapa que representa una reconstrucción ideal de la red de movimientos e intercambios de las poblaciones indígenas precolombinas del Caribe (Tomado de Hofman y Hoogland 2012).

las Antillas Menores ha recuperado evidencias relacionadas con un amplio rango de influencias desde las Antillas Mayores en islas ubicadas cada vez más al sur (Allaire 1990; Crock 2000; Crock y Petersen 2004; Hoogland y Hofman 1999, 2011; Hofman *et al.* 2011; Hofman *et al.* 2011b; Hofman y Bright 2007; Mol 2007a:93-146; Oliver 2007:51-52, 2009:121-140; Righten *et al.* 2004; Rouse 1992:125-127; Rodríguez Ramos *et al.* 2011).

Desde las Islas Vírgenes, donde se ha logrado reconocer relaciones con sistemas sociopolíticos del este de Puerto Rico²² (Righten *et al.* 2004:109-112), hasta algunas de las Antillas Menores más al sur, los desarrollos de estilos cerámicos muestran que alrededor del 1200 d.C existió una marcada influencia de la llamada por Irving Rouse (1992:34) subserie cerámica Chican Ostionoid de las Antillas Mayores. En islas como Saba, ese tipo de cerámica aparece en un asentamiento de clara filiación taína (Hoogland y Hofman 1999; Hofman *et al.* 2011), y en ese mismo sentido junto a las influencias cerámicas existen (Hofman y Bright 2007) artefactos que indican de forma contundente la apropiación de ideas o bienes materiales propios de las Antillas Mayores. Ese tipo de objetos en las Antillas Menores, se localizan en contextos reconocidos dentro de subseries cerámicas propias de esa región (subseries Marmoran Troumassoide, Suazan Troumassoide y Cayo), y muestran características iconográficas vinculadas o relacionadas con temas sobrenaturales propios de la parte más occidental del Caribe (Hofman y Bright 2007:35; Hofman *et al.* 2007).

Dentro de los objetos (además de la incidencia cerámica) se encuentran máscaras (guaízas), piedras de tres puntas (trigonalitos) con representaciones zoomorfas o antropomorfas, además de la parafernalia asociada con el ritual de la cohoba. Su dispersión llega a alcanzar islas como Las Granadinas, y algunos de ellos han sido considerados imitaciones o copias de objetos taínos, lo que parece reflejar una asimilación sincrética de normas taínas en la iconografía del área (Allaire 1990; Hofman *et al.* 2007; Mol 2007a).²³

En general, las evidencias existentes indican diferencias cuantitativas y cualitativas en la distribución de esos objetos, lo cual hace evidente la existencia de una diversidad de mecanismos de interacción que se desarrollaron como resultado de incentivos de diversa índole, sociopolíticos, económicos e ideológicos. Estos mecanismos pudieron incluir variadas formas de emulación, incorporación, intercambio o apropiación de estos bienes. En ese caso en lugar de la cerrada dicotomía Arauaco/Caribe; Antillas Menores/Antillas Mayores,

²² En particular a partir de relaciones de incorporación social y cultural a jefaturas o cacicazgos de esa isla.

²³ Algunos de los objetos que pueden ser considerados imitaciones o copias han sido recuperados en islas como Martinica y Santa Lucía.

emerge un cuadro mucho más complejo que abarcó diversos motivos y mecanismos de relación, que se encuentran detrás de los modelos de distribución diferencial de los elementos de cultura material en el espacio antillano.

3.4 Los patrones arqueológicos

Además de la inicial dicotomía arauacos/caribes, a partir de las pautas trazadas por las fuentes etnohistóricas, los estudios arqueológicos de inicios del siglo xx en las Antillas Mayores reconocieron tres grandes patrones culturales supuestamente vigentes al momento del contacto con los europeos. Esos patrones en líneas generales fueron registrados como Ciboney, Taíno (también generalizado como Arauaco) y Guanahatabey. Estos, desde una visión lineal (Fewkes 1904; Harrington 1935; Loven 1935; Rouse 1953, 1955, 1965), fueron relacionados con etnias o gentes, aptitudes, formas de habitación y ajueres de cultura material descritos con alto grado de homogeneidad.²⁴

En esos estudios pioneros la formalización de los patrones culturales etnohistóricos y su contenido arqueológico se asumió a partir de los considerados objetos diagnósticos, además de los rasgos derivados de la observación de los contextos. Por ejemplo, el patrón arqueológico Ciboney se identificó con una cultura inferior (desconocedora de la agricultura y la cerámica y con poco desarrollo social y cultural). Su opuesto, el patrón cultural Taíno, se le atribuyó un desarrollo sociocultural y político superior con presencia de cacicazgos, práctica de la agricultura y habitaciones en poblados. Esa distinción no sólo rememoraba los viejos fundamentos de las secuencias culturales europeas (mesolítico-neolítico), sino que también generaba ideas iniciales sobre la homogeneidad arqueológica de esas expresiones, propiciaba el aislamiento entre las culturas inherentes a cada patrón, y sobre todo proponía el desplazamiento de una cultura (un patrón arqueológico) por la otra. Ideas que con posterioridad adquirieron la connotación de fronteras culturales (Rouse 1992:67-127) espacial y cronológicamente delimitadas.²⁵

3.4.1 El patrón arqueológico arcaico

Uno de los patrones arqueológicos que adquirió mayor fuerza durante la primera mitad del siglo xx en las Antillas Mayores fue el Ciboney/Guanahatabey (Harrington 1935 T. I:270-273; Ortiz 1935; Osgood 1942; Cosculluela 1946; Pichardo Moya 1948; Rouse 1941, 1942). Como parte de su proceso de afianzamiento asumió connotaciones diversas y fue dividido en dos *aspectos culturales* (Cayo Redondo y Guayabo Blanco) (Cosculluela 1947; Fewkes 1904; Osgood 1942; Pichardo Moya 1956, 1990; Rouse 1941, 1942; Ortiz 1935; Tabío y Rey 1966:15-90) que adquirieron un sentido evolutivo desde uno hacia el otro (desde Guayabo Blanco hacia Cayo Redondo).

En el caso particular de la designación Guanahatabey, su existencia fue relacionada con población arcaica que supuestamente habitaba la región occidental de Cuba al momento del arribo europeo. Ese vínculo con los arcaicos también conllevó a que arqueológicamente se le equiparara al patrón Ciboney. Sin embargo, no han faltado los modelos donde a este se le ha distinguido por una mayor antigüedad dentro de esos pobladores (Fewkes 1904; Cosculluela 1946; Morales Patiño 1952; Ortiz 1935; Pichardo Moya 1956, 1990).

Desde el punto de vista de las secuencias culturales predominantes en la arqueología de las Antillas Mayores las diferencias entre Taíno y Ciboney, y los matices dentro de los aspectos culturales del último (Cayo Redondo y Guayabo Blanco), permanecieron prácticamente inalterados hasta la década del cincuenta del siglo xx. Momento en que Irving Rouse introdujo algunas modificaciones a una propuesta inicial de organización de las comunidades indígenas del Caribe (Rouse 1941, 1955). En esa misma década, la reunión en mesa redonda de arqueólogos del Caribe celebrada en La Habana (Morales Patiño 1952:259-267), también discutió la necesidad de unificar las nomenclaturas desde el punto de vista arqueológico, además de proponer terminologías no vinculadas a las fuentes etnohistóricas para su designación.

²⁴ La historiografía del siglo xix y la naciente arqueología del siglo xx concentraron sus esfuerzos y discusiones en la creación de esquemas culturales desde informaciones etnohistóricas de las Crónicas de Indias en conjunción con patrones de cultura material formados por los llamados objetos diagnósticos. Esto estuvo aparejado a una corriente de pensamiento que vinculaba todo el universo indígena caribeño, o al menos una buena parte del mismo, a términos homogeneizadores como Ciboney, Taíno, Guanahatabey. Estos esquemas básicamente adquirieron soporte arqueológico en las investigaciones iniciales en las Antillas Mayores (en especial en Cuba) y luego fueron extrapolados a otros espacios antillanos.

²⁵ Una consecuencia derivada de esa esquematización arqueológica, en particular de la representación espacial de las supuestas fronteras que en diversos momentos sostuvieron los arcaicos y los agricultores (los ciboneyes y los taínos), fue la proliferación de una imagen del Caribe para la Arqueología que desde el punto de vista de “área cultural” solo se limitaba a las islas y parte del norte de Sudamérica (Rodríguez Ramos 2010).

Esos intentos fueron más de carácter nominal que de fondo, y continuó imperando una noción normativa al momento de evaluar los registros arqueológicos, noción que es el resultado de vincular de manera directa patrones de ideas y valores de grupos de personas (normas culturales) con expresiones o representaciones de cultura material (Binford 1977:30). En el desarrollo de la arqueología antillana (sobre todo en las Antillas Mayores), esas normas adquirieron mayor connotación cronológica-espacial en el esquema desarrollado por Irving Rouse (1965, 1977), quien inicialmente a partir de los estadios propuestos para la prehistoria europea (Rouse y Cruxent 1969; Cruxen y Rouse 1982:82-84) estableció una secuencia cultural para explicar el desarrollo de las comunidades indígenas del Caribe. En esta se incluían conceptos como paleoindio, mesoindio y neoindio, y posteriormente este autor introdujo cambios a partir de un sistema de edades (edades lítica, arcaica, cerámica y edad histórica) (Rouse 1992) con la intención de salir de las connotaciones de evolución “universal”. Sin embargo, las bases esenciales para la aparición y desarrollo de las edades continuaron siendo trazadas básicamente a partir del fundamento de presencia-ausencia de atributos en las diferentes islas. Esto a la larga significó la perpetuación de las dicotomías culturales y modelos ya mencionados, además de que la variabilidad arqueológica dentro de los mismos (variabilidad en cultura material en diferentes áreas), fue manejada a partir de la evolución divergente desde ancestros únicos.

En el sistema de *edades*, el patrón Ciboney/Guanahatabey de las Antillas Mayores adquirió representación arqueológica a través de las edades lítica y arcaica, y las fronteras entre ambas fueron nuevamente fijadas a partir de la presencia de rasgos o instrumentos que definían toda la connotación cronológica y sociocultural de las comunidades bajo estudio. Por ejemplo, la edad lítica fue definida por la presencia instrumentos de piedra tallada en láminas, mientras la edad arcaica fue considerada como la expresión del uso del picoteado, los instrumentos líticos en volúmenes, así como los instrumentos de concha. A su vez, ambas edades quedaron subdivididas en las series ortoiroide y casimiroide, las que no solo presuponían líneas paralelas de desarrollo dentro de cada uno, sino también singulares puntos de emergencia.

3.4.2 Las críticas del patrón arcaico. Los modelos alternativos

Modelos alternativos que proponían mayor diversidad y dinamismo para el patrón arqueológico arcaico (Ciboney/Guanahatabey) adquirieron fuerza a partir de la década del setenta en la arqueología de las Antillas Mayores. Investigaciones desarrolladas en la isla La Española (Veloz Maggiolo 1976) contemplaron cambios y variaciones dentro de ese patrón arqueológico a partir de una formulación económica-cultural que enfatizaba en la relación y enfrentamiento con el ambiente. Desde esa perspectiva, la relación sociedad-ambiente se convirtió en uno de los pilares esenciales de una propuesta de diversidad entre las comunidades “arcaicas”, y su representación a partir de diferentes tradiciones productivas y culturales fue formalizada a nivel arqueológico. Estas adquirieron connotaciones cronológicas y espaciales y fueron contempladas inicialmente como modelos para el contexto de La Española (Pina *et al.* 1974), sin embargo, posteriormente fueron extrapoladas para todas las Antillas bajo las categorías de “subtradiciones” (Veloz Maggiolo 1976), y más tarde de “modos de vida”²⁶ (Veloz Maggiolo 1991, 2003).

Una categoría de peso dentro de ese modelo económico-ambiental fue “Adaptación Humana”, asumida básicamente con sentido de estrategia económica ante un ambiente determinado, y como rasgo esencial para reconstruir la vida cotidiana de las comunidades que se estudiaban.²⁷

La idea predominante por tanto estableció modelos culturales de adaptación (patrones), que se consideraban recurrentes, pero también cambiantes. Desde esa óptica, aunque las comunidades arcaicas cambiaban o transformaban sus ecosistemas (ambientes) para sobrevivir, en el fondo estos últimos determinaban los tipos de culturas (es decir sus patrones de adaptación), y en la misma medida que esto ocurría se producían cambios

²⁶ Un aspecto importante en la formación de ese modelo de diversidad fue el empleo de la categoría denominada “simbiosis productiva” (Veloz Maggiolo 1992) con la cual se enfatizaba en una relación económica entre los seres humanos y distintos contextos ambientales (bosques, manglares, playas, etc.) o el vínculo estrecho entre seres humanos y determinadas especies vegetales. En ese caso “simbiosis productiva” se consideró no solo la vía para observar tradiciones económicas diferentes dentro de los grupos arcaicos con derivación hacia diversas expresiones y representaciones a nivel arqueológico, sino también la vía para observar influencias que pudieron ejercer sobre estas últimas (en su instrumentos, artefactos, etc.) los cambios y transformaciones a nivel de las estrategias para interactuar con un ambiente específico.

²⁷ Esta corriente de pensamiento estuvo muy vinculada a la llamada “ecología cultural” con marcada influencia de la orientación ecológica cultural desarrollada por la Dra. Betty J. Meggers (1998,1999), además de una modificación del materialismo histórico neo-marxista generada por el llamado Grupo de Vieques. Este último constituyó una versión o expresión propiamente caribeña de la llamada Arqueología Social enunciada inicialmente por Lumberras *et al.*

paralelos, o en consonancia, en sus formas de organizarse (sociales), y en los instrumentos utilizados, lo que venía aparejado con una repercusión a nivel arqueológico. La diversidad de tradiciones económicas y culturales dentro del patrón arcaico, fue por tanto concebida como la expresión de mecanismos de adaptación ambiental que incluso podían desembocar en sistemas de preservación y domesticación de especies vegetales, y devenir en la práctica de una horticultura incipiente.

En general las transformaciones, y la propia diversidad arqueológica en los arcaicos, se concibieron en concordancia con un intenso sistema de relaciones y vínculos entre grupos humanos representativos de tradiciones económicas y culturales diferentes (esquemas de adaptación diferentes). Sin embargo, como se ha comentado, en el fondo el modelo aducía el mayor peso en la conformación de esos esquemas al ambiente, lo que hacía patente un determinismo ecológico que marcaba la propia esencia de la diversidad. Desde esa óptica el criterio de *adaptación ambiental* enlazado con el de *producción e hibridación cultural* fueron las claves para explicar los cambios sociales y la diversidad dentro de los llamados “arcaicos” (Veloz Maggiolo 1991, 1992).

Otros modelos alternativos en relación con la diversidad y dinamismo del patrón cultural “arcaico”, se desarrollaron desde la arqueología cubana²⁸ en estrecha relación con las propuestas de periodización arqueológica para las comunidades indígenas de esa isla, y esencialmente se fundamentaron en parámetros de orden económico y desarrollo evolutivo.

En estas propuestas el énfasis en *etapas de desarrollo económico*, consideradas segmentos de una secuencia histórica continua y lineal, caracterizaba los modelos de existencia social. Mientras el término *período* asociaba los aspectos de cronología con los modelos económicos predominantes. En ese sentido, en diferentes áreas una misma *etapa* podía aparecer en distintos períodos y finalizar en tiempos diversos, lo que indirectamente, y a pesar del carácter evolutivo lineal de las propuestas, reconocía un dinamismo dentro del patrón “arcaico” y su posible coexistencia e interacción con grupos de economía agricultora. Una evidencia de esto se materializó en el hecho de concebir una etapa “protoagricultura” (Tabío 1988), a través de la cual se valoró la producción incipiente de cerámica y horticultura por estas comunidades.

Las propuestas alternativas también estuvieron enfiladas hacia derroteros estructuralistas (Guarch 1990) e intentaban analizar la diversidad dentro de los llamados “arcaicos” a partir de focalizar la atención en aspectos económicos pero también en las relaciones entre comunidades con bases étnicas distintas o con diferencias en aspectos de orden ritual y simbólico. Esta idea fue manejada en consonancia con el reconocimiento de tres procesos básicos: *tradición, evolución y transculturación*. El juego y rejuego entre los mismos, de alguna manera constituyó el mecanismo básico por el que esas comunidades se reconocían, interactuaban y a su vez se transformaban. En síntesis, eran las bases para explicar su propia diversidad²⁹ (Guarch 1990:12-13).

En sentido general los modelos alternativos encaminados al reconocimiento de la diversidad y el dinamismo de las comunidades “arcaicas” antillanas desarrollaron un énfasis en aspectos ecológicos y económicos. A partir de ambos, aunque se crearon alternativas en la manera de interpretar la realidad de esas sociedades indígenas, a su vez se aplicaron o crearon conceptos y categorías (subtradiciones, modos de vida, fases, períodos) que también comenzaron a funcionar como cajas cerradas y homogeneizadoras de sus aspectos culturales y sociales. En esencia, esas propuestas mantuvieron latente algo que aún es un reclamo básico en el estudio de las sociedades indígenas caribeñas, el tránsito hacia la aplicación de unidades de observación, análisis e interpretación más precisos, capaces de reflejar y comprender la heterogeneidad y la diversidad cultural a niveles más específicos. Además de la aplicación de modelos teóricos e históricos con énfasis en la singularidad de la existencia humana en este espacio (Keegan y Rodríguez 2004), y capaces de sacar a la Arqueología de nichos cómodos de cualquier índole.

En la línea de estudios sobre las interacciones nuevos datos han contribuido a la ruptura del tradicional patrón “arcaico”. En ella, los cuestionamientos han ido desde las posibilidades de una mayor antigüedad y diversidad de estos grupos vinculada con rutas migratorias alternativas hacia las Antillas (Callaghan 2011; Febles 1991; Veloz Maggiolo 2003, Wilson 2007:27-33) hasta el estudio a fondo y detallado de la presencia de cerámica y de las huellas de procesos agrícolas en los contextos arqueológicos de esa naturaleza (Godo 2001; Pagán Jiménez 2011; Rodríguez Ramos *et al.* 2008; Ulloa Hung y Valcárcel 2002, Ulloa Hung 2005). Lo que además se corresponde con un reconocimiento de las influencias de los “arcaicos” en la conformación de la

²⁸ Sobre todo afloraron en las décadas de los ochenta y noventa.

²⁹ Desde esta perspectiva el modelo intentaba ir de lo general a lo particular y proponía tres conceptos estructurales básicos: *etapa, fases y variantes*. El primero de ellos constituía la estructura más general y con mayor sentido de homogeneidad, sus implicaciones eran esencialmente socioeconómicas. Por su parte los conceptos de fases y variante se visualizaban a un nivel esencialmente económico y cultural y uno era contentivo del otro (una fase podía expresarse en forma de diversas variantes culturales o económicas) (Guarch 1990).

diversidad cultural que se desarrolló en momentos posteriores en las Antillas Mayores (Chanlatte 2000; Hofman *et al.* 2011a; Keegan y Rodríguez Ramos 2007; Oliver 2008; Pagán Jiménez *et al.* 2005; Pagán Jiménez y Rodríguez Ramos 2007; Rodríguez Ramos *et al.* 2008).

A partir de las ideas generadas por esos datos el estudio de las llamadas comunidades “arcaicas” en las Antillas Mayores se encuentra en vías de un cambio radical, ese cambio básicamente transita desde la visión de comunidades atrasadas, simples, y poco complejas, rasgos a los que precisamente alude la propia designación de “arcaicas”, hacia una visión de sociedades más dinámicas y diversas cuyas huellas son vitales para comprender la posterior historia precolonial antillana.

El cambio dentro de esa visión general puede incluso ser considerado parte de un proceso más general de descolonización de la arqueología del Caribe, donde los modelos aplicados hasta ahora no reflejaban la evidencia arqueológica y formaban parte de un discurso de aislamiento sugerido por la condición de insularidad y la imposición desarrollada desde los procesos de colonización (Rivera Collazo 2011:34-35).

En ese sentido puede aducirse que las críticas al patrón “arcaico” asumen una narrativa que en particular cuestiona aspectos generales como los siguientes:

- a) La aplicación ciega de los estereotipos europeos o continentales en la valoración de su desarrollo social y para definir o caracterizar sus contextos en islas tropicales.
- b) La consideración desde una idea de simplicidad que básicamente resalta la naturaleza de lo “primitivo” en las ocupaciones durante ese período.
- c) Un énfasis evolucionista al momento de evaluar el desarrollo de la tipología de sus artefactos con poco análisis contextual en las bases de su subsistencia.
- d) Una línea de interpretación deductiva orientada hacia el determinismo geográfico o ambiental, donde un tipo de ambiente determina ciertos tipos de artefactos y cierto tipo de estructura social y económica.
- e) Estudios encaminados a señalar solo la antigüedad y los procesos de migración inicial hacia las Antillas con poco énfasis en la contribución de las comunidades “arcaicas” a las culturas agrícolas de períodos posteriores.

3.4.3 Los “arcaicos”. Viejos problemas y nuevos datos

Los estudios sobre las comunidades indígenas más antiguas de las Antillas Mayores las han incluido bajo un conjunto de términos³⁰ y patrones de acuerdo a los distintos momentos en su investigación, y a las diferentes tendencias teóricas. A pesar de esa diversidad que redundaba en una variedad terminológica y conceptual, un rasgo común que resalta en todas ellas es el supuesto vínculo con formas económicas basadas en la caza, pesca y recolección (incluida la recolección de plantas silvestres). Además del manejo de una industria de piedra tallada de características macrolíticas.

Desde el punto de vista cronológico estas sociedades han sido registradas con una antigüedad de alrededor de 6000 años AP (Pino 1995), e incluso se ha estimado que pudieron ser más antiguas (Guarch 1985). Algunos de sus asentamientos más conocidos se ubican en la isla de Cuba (Koslowki 1975, 1980; Febles 1990, 1991; Febles y Rives 1983, 1991); La Española (Veloz Maggiolo 1991:63-66, 2003:13-15) y Puerto Rico (Rodríguez Ramos 2011:50-54; Rivera Collazo 2011a), y sus orígenes han sido asociados a migraciones desde Centroamérica, en particular desde las costas caribeñas de Nicaragua, Belice y Honduras (Rouse 1965; Veloz Maggiolo 1980, 2003, Wilson *et al.* 1998; Callaghan 2011).³¹

En las últimas dos décadas el registro y estudio de contextos “arcaicos” con talla macro-lítica en parte de las Antillas Mayores, ha originado variaciones particulares sobre su percepción. Por ejemplo, su reporte se ha extendido a otros territorios dentro de Cuba, en particular las zonas centrales (Sampedro, *et al.* 2001; Izquierdo

³⁰ Entre los distintos términos se encuentran, comunidades paleolíticas, complejo Seboruco-Mordán, grupos protoarcaicos, paleoarcaicos, paleoindios cazadores-recolectores, entre otros.

³¹ Aunque en el caso cubano también se ha enfatizado en una proveniencia desde el norte, fundamentada en algunas similitudes con la llamada Western Litic co-Tradition de los Estados Unidos (Davies *et al.* 1969; Febles 1991).

y Sampedro 2008; Morales 2010) y occidentales de esa isla (Godo *et al.* 1987; Rives y Baena 1993). Además de que la observación de su estructura estratigráfica ha sido afinada. Un rasgo general derivado de ese hecho es la visión de que, en más de 200 sitios reportados para Cuba, casi todos son depósitos superficiales, sin indicios de actividades subsistenciales. Los reportes de fauna³² solo se consiguen en cuatro asentamientos, tres de los cuales son multi-componentes e integran materiales de otros complejos “arcaicos”, e incluso cerámica en uno de ellos (Izquierdo y González 2007).

El fenómeno anterior parece manifestarse o estar asociado con sitios similares de Haití (dentro de la vecina isla de La Española) (Moore 2010), y en parte de lo que los investigadores dominicanos han definido como complejo Mordanoide y complejo de la Cordillera (Veloz Maggiolo 1976:151-161). Esto deriva hacia la idea de que ha sido el instrumental macro-lítico, el que ha conducido a crear percepciones económicas y culturales esquemáticas sobre estas comunidades tempranas (en algunos casos les han llamado cazadores por las dimensiones y tipología de los artefactos de piedra), ignorando que ese tipo de instrumentos también puede aparecer en contextos donde predomina otro tipo de ajuar (Izquierdo y González 2007). Fenómeno que parece ser el indicio de una temprana e intensa interacción con comunidades “arcaicas” que se suponían más recientes para las Antillas Mayores (sobre todo de tradición Banwaroide) o de un mayor dinamismo en sus actividades económicas, y no del resultado de supuestas intrusiones por el uso común de los mismos espacios en distintos períodos.

Otro punto de interés relacionado con la ocupación más antigua de las Antillas Mayores, es la consideración de que el macrolitismo puede ser más diverso de lo que generalmente se ha estimado, y que por ejemplo, expresiones distintas del llamado conjunto instrumental Seboruco-Mordan pueden responder a diferencias culturales y migratorias. Son relevantes en ese sentido artefactos reportados por primera vez para Cuba y Las Antillas, como las llamadas hachas protobifaces (Sampedro *et al.* 2001; Izquierdo y Sampedro 2008), y la percepción de lo que se consideran conjuntos instrumentales regionales en el norte de la provincia de Villa Clara en la región central de Cuba (Morales 2010). Las opiniones actuales debaten entre el carácter independiente de estos, o su inclusión dentro de la llamada industria o tradición lítica antillana conocida como Seboruco-Mordan (Izquierdo y Sampedro 2008). Esa discusión introduce la consideración de diversidad dentro de este sector o momento de los llamados “arcaicos” no solo en función de su cronología y su tipología lítica, sino también a partir de estimar aspectos ambientales y de disponibilidad y calidad de materias primas. Diversidad que también puede asociarse con otras posibles rutas migratorias continentales que impactaron directamente en el centro norte de Cuba.

Por último, es necesario señalar que usualmente se había estimado que en el contexto de la región más occidental del Caribe hacia el 3500 a 3000 años AP (1500 a 1000 a.C) los llamados primeros pobladores con instrumentos de talla macrolítica interactuaban con grupos “arcaicos” portadores de otras tradiciones tecnológicas. Sobre todo los portadores de un ajuar de concha ligado a la tradición Manicuaroides, así como una industria lítica de tradición Banwaroides (Veloz Maggiolo 1980:71-72, Pantel 1996). Sin embargo, recientes estudios en el sitio Canímar Abajo (próximo al litoral occidental de Cuba) indican que el componente “arcaico” con elementos de raíces Banwaroides o Manicuaroides podría relacionarse con fechas contemporáneas, y quizás anteriores, a los inicios de la llamada presencia de grupos del esquema Seboruco-Mordán en esa región de las Antillas Mayores.

Canímar Abajo, cuyos niveles inferiores han sido fechados por radiocarbono en torno al 4700±70 años AP (muestra de carbón, UBAR-171, unidad C-157 a 2,02 m de profundidad, cal. 2 sigmas 5311-5586 años AP) (Martínez López, *et al.* 2008), no mantiene una tradición macrolítica de sílex y más bien muestra numerosos artefactos potencialmente vinculados a la tradición Banwaroides. El estudio del sitio (Arredondo Antúnez *et al.* 2007; Martínez López *et al.* 2007; Martínez López *et al.* 2009; Pajón *et al.* 2007), revela un manejo repetido del área en diferentes momentos por distintos grupos humanos. Los usos van desde espacio doméstico vinculado al procesamiento de alimentos, con varios fogones, hasta espacio para enterramiento vinculado a cementerio. Esto evidentemente indica una complejidad y diversidad en el empleo de los espacios, que se aleja mucho de la idea de los campamentos de cazadores con solo presencia superficial de artefactos líticos (Ulloa Hung y Valcárcel 2010 en prensa).

³² En cavidades cársticas de la provincia Villa Clara se han localizado remanentes de megafauna del Pleistoceno para la cual se ha planteado una conexión con estos grupos arcaicos antiguos. Sin embargo, actualmente existe una discusión entre arqueólogos y paleontólogos sobre si realmente fueron estos grupos los responsables de estos depósitos o si fueron otros factores naturales y mecánicos los causantes de esta acumulación de sedimentos. Un dato interesante es que las fechas de radiocarbono obtenidas para restos pleistocénicos fosilizados en sitios como Solapa del Sílex (4190 ± 40 AP) en La Habana, muestran su coexistencia con estos grupos humanos de acuerdo a las fechas disponibles para la ocupación humana de Levisa (5140±170 AP) (Morales, 2010:52)

Los estudios en Canímar Abajo también muestran que el panorama más antiguo de la presencia “arcaica” en Cuba y Las Antillas Mayores no es exclusivo de cazadores o “arcaicos” con macrolitos, sino que está matizado por comunidades de diverso menaje tecnológico y comportamiento económico.

Esas ideas de ruptura del tradicional patrón “arcaico” también han introducido nuevos datos y fuertes críticas en relación con los procesos de *aculturación* como los únicos para explicar la presencia de cerámica en ese tipo de contextos (sobre todo en las islas de Cuba, La Española y Puerto Rico). Las críticas incluyen los planteamientos sobre la existencia y el desplazamiento de las fronteras entre los “arcaicos” y los agricultores al momento de explicar los movimientos de población y colonización indígena de las diferentes islas del Caribe.

En relación con lo anterior, los hallazgos de cerámica en contextos “arcaicos” de La Española y Cuba (Atilés y López Belando 2006; Rimoli y Nadal 1983; Rodríguez *et al.* 2008; Veloz Maggiolo 1991:133-145; Ulloa Hung y Valcárcel 2002; Ulloa Hung 2005), iniciados a partir del estudio de los yacimientos El Caimito (Veloz Maggiolo *et al.* 1974) en la República Dominicana, y Arroyo del Palo y Mejías en Cuba (Tabío y Guarch 1966), inauguraron una de las líneas más importantes de cuestionamiento a las bases del modelo “arcaico” tradicional. Ese tema es, además, uno de los aspectos más candentes y actualmente en discusión en los estudios cerámicos de Las Antillas Mayores.³³

En relación a estos contextos “arcaicos” con cerámica en las Antillas Mayores, sus orígenes pueden ser evaluados desde una diversidad de situaciones y no solo desde la óptica de la *aculturación* por parte de los agricultores arauacos. Dentro de esa posición, autores como Celaya (1990) y Godo (2001) argumentan que, para el caso específico de Cuba, la extensa convivencia de comunidades “arcaicas” y su paulatina ocupación de diferentes territorios de la isla parece, incluso, estar vinculada a procesos de división y unificación étnica paralela a fuertes procesos de transculturación y posible inmigración desde otros espacios continentales, como el oeste de la península de la Florida y el Valle del Mississippi (Febles 1991; Domínguez *et al.* 1994:20).

La existencia de cerámica en momentos anteriores a la entrada de los arauacos a las Antillas también ha sido considerada la manifestación de un horizonte cultural pre-arauaco³⁴ (Rodríguez Ramos *et al.* 2008), cuya presencia desde el punto de vista crono-espacial parece ser más amplia de lo hasta ahora se ha considerado, sobre todo por su representación en Puerto Rico y el norte de las Antillas Menores.

Las investigaciones de la cerámica asociada a ese horizonte muestran que la misma no es homogénea, por el contrario, presenta una variabilidad en cuanto a atributos formales así como los contextos en los cuales ha sido exhumada. En ese orden, el empleo término horizonte pre-arauaco no se refiere a la existencia de una homogeneidad cerámica anterior a la entrada de los grupos los arauacos (saladoides y huecoides) en Las Antillas, sino a un conjunto de expresiones de este material que pudo, incluso, derivarse desde diferentes situaciones y contextos que tampoco son homogéneos.³⁵

Una de las ideas más interesantes emanadas de esos planteamientos, y que aún precisa mayor cantidad de datos para su confirmación, se encuentra en los criterios de que algunas de las manifestaciones cerámicas post-saladoides identificadas en las Antillas Mayores pudieron ser resultado de un desarrollo multifocal donde estuvieron involucradas las sociedades “arcaicas”. Esto también se vincula con las evidencias claras de que algunos de los elementos que comprenden el llamado paquete de rasgos neolíticos antillanos (Pagán Jiménez 2011; Rivera Collazo 2011) se desarrollaron de manera independiente en algunas regiones de las islas, y no fueron necesariamente introducidos a las Antillas por los grupos arauacos saladoides cuando entraron desde el Orinoco en el 500 a.C.

La existencia de esos fenómenos también constituye la base para romper con las consideraciones sobre un escenario de evolución lineal, donde una sociedad da lugar a otra hasta llegar a las complejas sociedades taínas que encontraron los europeos en las Antillas Mayores. A tono con esto, una línea de pensamiento interesante ha esbozado una posible relación con los orígenes de la llamada cerámica Meillacóide de las Grandes Antillas (Godo 1994; Keegan 2006; Rodríguez Ramos *et al.* 2008; Wilson 1999). En el desarrollo de esta última, además de las cerámicas pre-arauacas, asumen vital importancia las interacciones con otras expresiones culturales de

³³ La presencia de cerámica anterior a la cerámica de tradición saladóide o huecóide en las Antillas, y en particular vinculada a contextos “arcaicos” había sido visualizada por Harrington hacia más de ocho décadas, sin embargo este fenómeno pasó como desapercibido, y en el caso de los arqueólogos que trabajaban fuera de las Antillas Mayores pasó como un fenómeno aislado sin mayores efectos sobre la organización cultural existente para las comunidades aborígenes en el Caribe.

³⁴ La clasificación de estos grupos bajo el término pre-arauaco (Rodríguez Ramos *et al.* 2008) también se refiere a un conjunto de estrategias socioeconómicas, marítimas, de caza y recolección, la presencia de cerámica, cultígenos y plantas dentro de la dieta, los cuales pudieron tener un importante rol en los desarrollos locales. En ese mismo sentido el aislamiento de las comunidades “arcaicas” es seriamente cuestionado a partir de concebirse una intensa interacción en la región del Caribe durante ese período.

³⁵ El énfasis en las investigaciones en este tipo de contextos se han desarrollado sobre todo en Cuba y la República Dominicana aunque considera la existencia de otros sitios en Puerto Rico y las Antillas Menores.

ese espacio. Lo anterior no solo se relaciona con el cuestionamiento de la homogeneidad dentro de toda la propuesta cultural de la llamada subserie cerámica Meillacan Ostionoid (como tempranamente había planteado Cosculluela 1943), sino que además llama la atención hacia la necesidad de tomar en cuenta las complejidades de los procesos de interacción al momento de explicar la diversidad cerámica de diferentes regiones y periodos dentro de este espacio del Caribe.³⁶

Las críticas al patrón cultural Ciboney/Guanahatabey, así como a la existencia de fronteras entre “arcaicos” y arauacos, también incluyen aportes de investigadores (Keegan 1992; González Herrera 2008; Rodríguez Ramos 2008) que a partir del análisis de los documentos etnohistóricos relacionados con la conquista de Cuba y La Española,³⁷ así como de las evidencias arqueológicas disponibles, se han esforzado por destejear lo que consideran “el mito de los Guanahatabeyes”. Apoyados en la idea de que este (como tantos otros) fue el producto de la imaginación europea, han resaltado que los cronistas que describen a los Guanahatabeyes en el siglo XVI (Bartolomé de Las Casas y Gonzalo Fernández de Oviedo) nunca visitaron las regiones donde supuestamente vivieron estos indígenas. Como parte de sus argumentos también manejan la falta de cronologías arqueológicas que puedan avalar la existencia de grupos “arcaicos” en esas regiones al momento del arribo de los europeos, por el contrario, atribuyen a la Antropología y a la Arqueología la asimilación y perpetuación de ese patrón cultural.³⁸

3.4.4 La complejidad y continuidad del “arcaico”

Las ideas críticas sobre la tradicional dicotomía cultural arcaicos/taínos, también se han hecho sentir en los estudios sobre la ideología religiosa precolombina (Rodríguez Ramos 2011:64-87; Oliver 2008:139-201). En ese caso, la cosmología y la parafernalia ritual de los llamados taínos de las Antillas Mayores puede ser considerada no solo el resultado de innovaciones locales a partir de un ancestro común representado por la subserie Cedrosan Saladoid (Rouse 1992:105-109), sino derivada de la combinación de los aportes de tres grandes bloques de población, los “arcaicos”, los huecoides y los saladoides (Oliver 2009:11-27). A partir de aquí, se ha desarrollado una alternativa a las analogías etnohistóricas y las comparaciones arqueológicas que solo contemplan el noreste de Sudamérica como espacio de interacción con las Antillas en los momentos precolombinos. Esa alternativa maneja esferas de interacción que incluyen otras zona del Caribe continental (sobre todo la región istmo colombiana de Centroamérica), y considera que estas pudieron comenzar con los grupos “arcaicos” y mantenerse hasta momentos más avanzados a través de los grupos post-saladoides (Callaghan 2011; Hofman *et al.* 2011; Oliver 2008; Rodríguez Ramos y Pagán 2006; Rodríguez Ramos 2011a; Rodríguez Ramos *et al.* 2011).

Los criterios sobre influencias “arcaicas” en la posterior historia pre-colonial del Caribe, también incluyen el reconocimiento de las interacciones a través de distintos componentes del registro arqueológico (además de la presencia de cerámica en contextos arcaicos). En ese caso se encuentran las relaciones mantenidas entre los “arcaicos” y los grupos portadores de la llamada serie cerámica Huecoide de Puerto Rico y las Antillas Menores, demostrada a través de estudios de la industria lítica (Rodríguez Ramos 2005:73-78, 2008; Oliver 2009:11-16).³⁹ En ese mismo orden se ubica la propuesta formulada por Chanlatte Baik (2000), quien ha considerado la interacción entre “arcaicos” y huecoides como la base para el desarrollo de la primera población Ostionoid de Puerto Rico (en sus expresiones culturales Monserrate y Santa Elena).

Estudios recientes (Hofman *et al.* 2011) dentro de esta misma línea, se han enfocado en reforzar y perfeccionar la idea de que ciertos aspectos claves de las culturas del “período cerámico tardío” fueron desarrollados en las Antillas por las comunidades del llamado “período arcaico”. La interacción entre comunidades de ambos períodos ha sido considerada como un elemento que sentó las bases de posteriores desarrollos sociales y culturales en la

³⁶ Desde 1990 la arqueología en Cuba comenzó vincular lo que consideraba como fenómeno protoagrícola con ciertos aspectos del origen de la llamadas cerámicas Meillacoides antillanas (Celaya y Godo 2000), como expresión de procesos de transculturación entre agricultores y arcaicos (Godo 1994). El vínculo entre ambos componentes no solo remite a la cerámica sino a diversos aspectos materiales y ambientales.

³⁷ En estos documentos se plantea la existencia de remanentes de población “arcaica” en el oeste de Cuba y en suroeste de La Española (actual Haití).

³⁸ En general la crítica considera la posibilidad de que los llamados ciboneyes de los documentos etnohistóricos estuvieran relacionados con comunidades agricultoras, mientras los guanahatabeyes constituyeron el producto de una creación imaginaria española posiblemente asociada al conocimiento de mitos taínos en los cuales se reconocía la importancia de las cavernas.

³⁹ Según esos estudios la lítica de los huecoides parece estar mucho más cercana a los arcaicos que a la de las expresiones de la subserie Cedrosan Saladoid

región, y las estrategias sociales de los primeros habitantes de la zona noreste del Caribe han sido exploradas a través del estudio de la procedencia y los patrones de distribución de los recursos líticos.

Las áreas de adquisición de ese tipo de recursos pueden ser consideradas importantes centros de conexión de redes sociales vigentes en diferentes momentos, además de proporcionar un espacio para distintos tipos de interacciones. En ese orden, los indicadores arqueológicos muestran la existencia de una competencia sobre estas fuentes de materias primas que generó un proceso de emulación creativa y que desembocó en la creación de redes de intercambio que incluyeron tanto a las comunidades “arcaicas” como las del período cerámico en ese sector de las Antillas (Hofman *et al.* 2011a).

La contribución “arcaica” a los desarrollos culturales posteriores en el Caribe antillano, también se ha manejado a partir de la presencia de proto-íconos de tres puntas en los contextos “arcaicos” de Puerto Rico (Puerto Ferro y Vieques), elemento que se estima pudo pasar a los posteriores habitantes arauacos con cerámicas huecoides y saladoides antillanos (Rodríguez Ramos 2011:68, 177-178). Sin embargo, se trata de una hipótesis que no ha sido del todo fundamentada y que aún precisa de mayores datos y evidencias para su confirmación.

Otros avances en la ruptura del patrón “arcaico” se localizan en las evidencias sobre el temprano manejo de plantas, y las posibles prácticas de horticultura dentro las actividades económicas de los que, hasta hace unos años, eran considerados típicamente pre-agricultores. Aunque la utilización intensiva de plantas o su domesticación no había sido del todo descartada por la arqueología antillana al estudiar algunos sitios de estos grupos, su existencia era vinculada principalmente a los contextos arcaicos con cerámica (considerados protoagricultores). En otras ocasiones, la presencia de semillas carbonizadas o la identificación de restos de polen fósil en algunos asentamientos (Veloz Maggiolo 1980:88-89; Rimoli y Nadal 1983:168, 231; Ulloa Hung y Valcárcel 2002:64; Delgado *et al.* 2000), afirmaban con cierta certeza esas suposiciones.

El análisis de instrumentos procedentes de contextos “arcaicos” de Puerto Rico, como Maruca y Puerto Ferro, en los que han sido detectados gránulos de almidón (Pagán Jiménez *et al.* 2005; Pagán Jiménez 2011; Rodríguez Ramos y Pagán Jiménez 2007; Oliver 2009:19-20) de diferentes especies vegetales, no solo ha arrojado mayor información sobre el manejo y procesamiento de plantas domesticadas por los “arcaicos”, sino también sobre la diversidad de especies vegetales vinculadas a esos grupos y sobre sus posibles vínculos e interacciones con otros espacios continentales durante ese período.⁴⁰

En ese mismo sentido, es interesante destacar los resultados de estudios paleo-ecológicos también llevados a cabo en la costa norte de Puerto Rico (Burney *et al.* 1994) (en la zona de Angostura), los cuales han indicado la existencia de un número considerable paleo-fuegos entre el 3500 y 1800 a.C que pudieron estar relacionados con la práctica de tala y quema, ligada a actividades agrícolas incipientes (Pagán Jiménez 2011:97; Rivera Collazo 2011, 2011a:55-56). Por otro lado, a través de investigaciones llevadas a cabo por Isabel Rivera Collazo (2011a:126) se ha determinado que en esa misma zona existe evidencia del desarrollo de *terras pretas* (suelos antropogénicos) que indican una habitación estable y prolongada para estas comunidades, información que contradice las ideas tradicionales de bandas de alta movilidad. Ambos fenómenos también muestran que los llamados grupos “arcaicos” ocuparon tempranamente, y por varios períodos, esta región de Puerto Rico (Angostura), y que sus recursos fueron aprovechados desde aproximadamente el cal. 4650 AP (Rivera Collazo 2011a:89-90; tabla 6.1) y con mayor intensidad entre cal. 2 sigma 2400 y 1800 a.C.

Una situación similar también ha sido documentada para el norte de la isla de Vieques (Sara *et al.* 2003), donde aparece un drástico incremento de partículas de carbón en torno al 840 a.C. En ese espacio se reporta la recuperación de restos macrobotánicos pertenecientes a taxones arbóreos (frutas y verduras), junto a algunas hierbas que han sido previamente recuperados en sitios “arcaicos” de las Antillas (Newsom y Wing 2004:120-128, tabla 7.1). Esto sugiere la posible existencia de jardines domésticos con arboricultura, también vinculados con la preparación (corte y quema) de campos que probablemente fue estimulada por la aparición de nuevos tipos de plantas exógenas (Pagán Jiménez 2011:97).

Estudios recientes en el sitio cubano Canimar Abajo parecen corroborar los datos obtenidos para los sitios de Puerto Rico. Con fechas que se remontan al 4700±70 años AP (muestra de concha y cenizas, UBAR-171, unidad C-157, 2,02 m de profundidad, CAL. 2 sigmas 5311-5586 años AP) y hacen de este lugar uno de los más

⁴⁰ Los residuos de almidón identificados en los sitios “arcaicos” de Puerto Rico indican que tres tipos de plantas domesticadas fueron procesadas en ambos contextos, maíz (*Zea mays*), frijoles (*Leguminosae*) y yuca *Manihot esculenta* Crantz). Además los resultados arrojaron presencia de almidón de otras especies como el boniato (*Ipomoea batata*), dos tipos de yautía (*Xanthosoma* sp.), corajo (*Acrocomia media* O.F. Cook), gruya (*Canna* sp.), ñame (*Dioscorea* sp.) y marunguey (*Zamia portoricensis*). Por otro lado, la observación sobre las interacciones con otros espacios continentales se basa en la presencia de cultígenos en estos contextos que hasta el momento no han sido identificados para fechas tan tempranas en sitios arcaicos del noreste de Sudamérica ni en las Antillas Menores. Entre ellos se encuentra el maíz posiblemente de la raza Pollo de Colombia, la yuca, la gruya y la Batata entre otros (Pagán *et al.* 2005; Pagán Jiménez 2011).

antiguos de Cuba y las Antillas (Martínez López, *et al.* 2008; Pajón *et al.* 2007), sus artefactos líticos de molienda y macerado arrojaron la existencia de gránulos de almidón de especies vegetales como el maíz (*Zea mays*), boniato o batata (*Ipomoea batata*), Guáyiga (*Zamia* sp.) y leguminosas (Pajón *et al.* 2007). Esto relaciona de modo firme la ocupación con un manejo de plantas que, dada su antigüedad, pudo evolucionar hacia formas más complejas y productivas.⁴¹

En general, la información arqueobotánica existente para Puerto Rico y regiones adyacentes muestra la existencia de vectores de interacción que fueron en unos inicios desarrollados por las sociedades “arcaicas”, los cuales fueron consistentemente reforzados durante miles de años. Además de esto, confirman que entre Puerto Rico y otras regiones continentales, como la región Istmo Colombiana, existió un constante flujo de recursos botánicos, tecnologías, ideas y valores que comenzó con los llamados “arcaicos” y se mantuvo por los grupos agroceramistas. Esto sin desdeñar la existencia de los vectores de interacción tradicionalmente aceptados, como los existentes entre la región del Orinoco y las islas, los cuales pueden ser claramente reconocidos durante las primeras migraciones a través de las Antillas (Pagán Jiménez 2011:106).

Los datos anteriores otorgan un mayor dinamismo a los grupos considerados “arcaicos”, además de reafirmar que los mismos deben contemplarse en su diversidad y evidentemente en su complejidad. En ese mismo sentido han abierto un nuevo debate sobre sus aportes a la conformación del mosaico multicultural del Caribe antillano durante el período precolombino. Sobre este último aspecto es importante recalcar que la propuesta (Rodríguez Ramos *et al.* 2008; Oliver 2009) del ya mencionado horizonte pre-arauaco para designar al conjunto de expresiones culturales (incluido las expresiones “arcaicas” con cerámica) existentes en las Antillas antes del arribo de los arauacos precisamente se encuentra en relación con ese intento de transformar el contenido tradicional otorgado al patrón “arcaico”. Patrón que ha sido utilizado bajo la connotación de grupos antiguos, atrasados, sin agricultura, y sin ningún aporte a la conformación cultural del Caribe.

Las condiciones actuales en relación con las investigaciones sobre estos pobladores en realidad no avalan la persistencia de ese tipo de esquema rígido que crea un aislamiento y una dicotomía o antinomia entre Taíno y Ciboney; arcaicos y agricultores; ceramistas y preceramistas, y que aún tiene cierto peso en las investigaciones arqueológicas de las Antillas Mayores.

3.5 El patrón cultural Taíno y los “desarrollos marginales” en la arqueología de las Antillas Mayores

El término Taíno introducido inicialmente en la Antropología con un sentido o enfoque lingüístico⁴² (Rafinesque 1836), se ha convertido en uno de los más usados para denominar las comunidades indígenas de las Antillas. En particular en el siglo xx, ese patrón cultural comenzó a utilizarse para referirse a la población biológica, cultural y lingüística que habitó en Puerto Rico, La Española, Jamaica, el este de Cuba, además de las Bahamas. Generalización que ha sido asumida de manera diferente por distintos autores en diferentes momentos.⁴³

⁴¹ Estos hallazgos además confirman el uso intenso de algunas especies de plantas entre los arcaicos que ya habían sido reportadas a partir de análisis polen fósil o por la presencia de macro-restos. Es el caso de la existencia de polen de maíz en el yacimiento Las Salinas (Ortega y Guerrero 1981:83) y la presencia de hojas de Guáyiga calcinadas en el contexto arcaico de Cueva de Berna (Veloz Maggiolo *et al.* 1977:17), ambos en la República Dominicana. También es importante señalar que en el propio sitio cubano Canimar Abajo fue constatada la profusa presencia de macrorestos de plantas calcinados que cuya identificación los adjudica a semillas de *Roystonea regia* (Palma Real) y *Mastichodendron foetidissimum* (Jocuma) (Pajón *et al.* 2007)

⁴² En el sentido propiamente antropológico, y en estudios de los grupos humanos precolombinos del Caribe, el término fue usado inicialmente para distinguir el lenguaje Arawak de las Antillas Mayores del que se hablaba en las Antillas Menores (Rafinesque 1836).

⁴³ Uno de los pioneros en relacionar patrones culturales etnohistóricos con expresiones de cultura material presentes en las islas del Caribe fue Jesse Walter Fewkes (1891, 1904, 1908, 1913) quien a partir de una descripción de ejemplares arqueológicos presentes en museos y colecciones estableció una comparación entre Puerto Rico, La Española y Cuba. Esta comparación combinaba variaciones del lenguaje y otros rasgos descritos por las fuentes etnohistóricas con apreciaciones de orden tecnológico en la cultura material para dejar entrever que las culturas precolombinas diferían entre islas o incluso dentro de una misma isla.

El establecimiento de modelos culturales a partir de evidencias arqueológicas y su distribución también es rastreable en Mark R. Harrington (1935). Este acortó el reconocimiento de las pautas reconocidas por Fewkes y estableció dos patrones básicos de culturas arqueológicas, Ciboney y Taíno. Desde un primer momento su modelo recalzó la condición evolutiva de ambas y posteriormente su contenido fue extrapolado a la mayor parte de las islas del Caribe, resaltándose similitudes que fueron explicadas básicamente a partir de procesos migratorios y posibles coincidencias cronológicas.

Este término además constituye uno de los más conocidos y universalmente aceptados en círculos académicos y en medios populares, sin embargo, no posee una contraparte étnica real, rasgo que por demás parece haber incidido en la incertidumbre y diversidad de acepciones que se le han adjudicado, así como en la definición de las fronteras que supuestamente delimitan sus propias manifestaciones.⁴⁴

En Arqueología su uso prematuro es atribuible a Jesse Walter Fewkes (1904:585-598), quien en un informe sobre material arqueológico de colecciones cubanas, así como de sus relaciones tecnológicas y formales con materiales de otras Antillas Mayores (sobre todo Puerto Rico y La Española), designó ciertos objetos dentro de lo que denominó cultura taína. Mayor formalización y ampliación del patrón arqueológico inherente al término fue alcanzado con Mark R. Harrington (1935), quien a partir de sus trabajos de campo no sólo extendió la relación de objetos comprendidos dentro del mismo, sino que además los vinculó con determinados contextos y puntualizó de manera más específica diferencias con otros patrones culturales a partir de la presencia o ausencia de objetos diagnósticos.

Otro investigador que contribuyó al afianzamiento del patrón Taíno en la Arqueología del Caribe fue Sven Loven (1935). Este utilizó el término para referirse a los arauacos de las Antillas Mayores y Las Bahamas, e introdujo el término “cultura taina” para denominar lo que consideraba la alta civilización desarrollada en Puerto Rico y en La Española. Sus criterios fueron a su vez calzados con estudios lingüísticos como una forma de complementar el concepto (Loven 1935:319).

Como patrón cultural el término ha tenido mayor importancia en los estudios arqueológicos desarrollados en la isla de La Española y en las Grandes Antillas en su conjunto, y su identificación arqueológica ha sido tradicionalmente manejada como derivación desde un ancestro común (Rouse 1992:105-109). En ese caso, la cerámica ha constituido una de las bases para construir su correspondencia arqueológica, sobre todo al asumirla en una relación lineal con el llamado estilo Boca Chica o con la llamada subserie Chican Ostionoid.

A tono con la fundamentación arqueológica del término Taíno surgió el término subtaíno (Rouse 1942:165), concebido desde la idea de poca complejidad en ciertos indicadores culturales (sobre todo de la cerámica), y que posteriormente también sería elevado a la categoría de grupo étnico. En esa correspondencia, una vez más, se percibió la inclinación a elevar ciertos indicadores arqueológicos a la condición de etnia, generándose un patrón instituido sobre la base de la presencia o ausencia de determinados rasgos y componentes de la cultura material, lo que rememoraba la idea de la creación de *áreas culturales* propias de la corriente histórico-cultural en etnografía.

El reconocimiento de la diversidad de orígenes para los grupos inmersos dentro de ese sistema de clasificación se hizo cada vez más cerrado, y asumió el carácter de esquema lineal para explicar los movimientos a través de tiempo y el espacio de las sociedades indígenas. Ejemplo claro de ello se percibe en los estudios de las cerámicas arqueológicas en La Española (Haití) (Rouse 1939; 1941), Cuba (Rouse 1942) y Puerto Rico (1952), donde se obtuvieron los elementos para fundamentar la existencia de los estilos propios de las Antillas Mayores (Ostiones, Carrier, Boca Chica y Meillac), y para establecer una connotación social de los mismos.⁴⁵

A partir de la fundamentación arqueológica de las terminologías Taíno y Subtaíno, la relación directa entre nivel de desarrollo sociocultural y cronología devendría en la implementación de un sentido lineal al momento de evaluar diferentes componentes arqueológicos, sobre todo los cerámicos, además de la implementación de los llamados desarrollos marginales. A través de ellos, la esencia de lo que inicialmente explicaba las diferencias entre los términos Taíno y Subtaíno asumió el sentido de distinción temporal y espacial. Los espacios representativos de los más antiguos y pocos desarrollados arauacos (definidos como subtaínos, pretaínos o desarrollos marginales), se redujeron básicamente a Jamaica, el centro y oeste de Cuba, Las Bahamas y las islas al este de Puerto Rico.

La consolidación de los estudios sobre las cerámicas arqueológicas de las Antillas Mayores⁴⁶ desarrolló otros esfuerzos por establecer una organización cronológica y cultural para todas las comunidades indígenas de la región. En ella los aspectos tecnológicos y algunos artefactos asumieron especial protagonismo, y en particular, la inclusión de las comunidades dentro de la categoría de desarrollos marginales se relacionó con los rasgos de

⁴⁴ Desde el punto de vista de los discursos creados por historiadores y antropólogos el uso del vocablo ha estado marcado por importantes diferencias. También se ha señalado (Olsen 1974:3; Hulme 1993) un empleo más limitado en lengua inglesa y en su lugar el uso del término Arawak. En ese caso la mayor reiteración parece presentarse en lengua castellana.

⁴⁵ A partir de estos estudios los estilos cerámicos Carrier y Boca Chica fueron identificados con la Cultura Taína mientras el estilo Meillacoide fue enunciado bajo el ya mencionado término Subtaíno (Rouse 1942).

⁴⁶ Esto a su vez coincidió con una gran influencia norteamericana, en especial de la corriente particularista histórica desarrollada por la etnografía, en los estudios sobre Arqueología del Caribe.

su cerámica o con la ausencia de ese componente cultural, además de la creación de otros aspectos de orden espacial (fronteras) que fueron reflejadas a través de un sistema clasificatorio basado en los estilos, series y subseries (Rouse 1965, 1992:53; fig.14)).

Desde las ideas anteriores una parte importante de la historia pre-colonial del Caribe fue reducida al desplazamiento y la transformación en el espacio antillano de un complejo ancestral único y singular (la subserie cerámica Cedrosan Saladoide), cuestión que fue manejada a través de similitudes en los llamados modos y tipos cerámicos, y asumió el sentido de una irradiación adaptativa y de un continuo filogenético de ramas interconectadas con ese complejo ancestral (Oliver 1999:255).

En general, desde la década del cuarenta la significación de los términos Taíno y Subtaíno, y en algunos casos pre-taíno, fue sustituida o modificada de acuerdo a los avances en las investigaciones arqueológicas en varios espacios del Caribe (Coscolluela 1947; Dacal y Rivero 1986; Tabío y Rey 1966:125-156, 193-216; García Arévalo 2003; Guarch 1972, 1978; Pichardo Moya 1990:76-86; Robiou Lamarche 2005:54-65; Rouse 1986, 1992:105-126; Veloz Maggiolo 2003:115-125). Sin embargo, algo muy importante ha sido la permanencia de la idea, de los criterios originales con los que fueron concebidos.

Ese sentido de permanencia en nuestra opinión está marcado por tres fundamentos básicos. 1) La equiparación o equivalencia de las manifestaciones o estilos de cerámica con patrones culturales y étnicos (Macorige, Cigüayo, Igneri y en algunos casos Ciboney); 2) el predominio de un sentido histórico cultural unilineal para explicar el cambio de una expresión cerámica hacia otra, lo que se vincula con indicadores de cronología y de desarrollo socioeconómico y se considera la manifestación de las diferencias que distinguen las comunidades a nivel arqueológico; 3) la observación de un origen cultural único a partir de la derivación desde un ancestro común.

En esencia, un modelo histórico-cultural basado en el criterio de las normas o patrones, remontados en el tiempo (edades y períodos de I al IV) y en el espacio (diferentes islas, regiones, y fronteras culturales), ha asumido la variabilidad cultural de la edad cerámica de las Antillas Mayores⁴⁷ a partir de un paradigma de diversidad que gira en torno a un proceso de deriva genética de un conjunto cultural que solo se relaciona con las Tierras bajas de Sudamérica (Rouse 1977, 1992:26-48).

Ha sido la gradual degradación de ese conjunto cultural en la isla de Puerto Rico la fuente esencial para explicar las variaciones culturales propias de la parte más occidental del Caribe, y las causas de esas transformaciones han sido consideradas básicamente por la migración, colonización y aculturación con una visión limitada de la interacción (solo entre los espacios opuestos de islas adyacentes).

A partir de ese modelo la premisa de cultura y sociedad también se maneja a través de la distribución temporal- espacial de las series y subseries de la cerámica, lo que origina una tipologización de la cronología (Rodríguez Ramos, *et al.* 2007) basada en períodos vinculados a una concepción de homogeneidad y continuidad lineal de las unidades culturales creadas.⁴⁸ Eso a su vez crea un sistema fundamentado en los llamados movimientos de fronteras (arcaicos/ceramistas); así como en el poblamiento y repoblamiento de los espacios (sustitución de un conjunto poblacional por otro) e incide en contemplar la variabilidad cultural a partir de aspectos realmente limitados: la selección de rasgos que supuestamente indican diferencias en niveles de desarrollo y su distribución geográfica.

Ese último fenómeno materializa la percepción de la llamada marginalidad cultural como un elemento geográfico, donde ciertas culturas son marginales respecto a otras culturas que se consideran nucleares dentro del área.

En esencia, se trata de un modelo diseñado para estudiar las migraciones y la historia cultural, donde las secuencias cerámicas son contempladas fundamentalmente a una escala macro y menos a niveles locales o regionales en cada isla. Sin tomar en cuenta que dentro de estas últimas existió una gran diversidad, y que las poblaciones pudieron estar conectadas, mezclarse o transformarse, y que estas en realidad no se expresaron de manera homogénea o con una pureza estilística que permita manejarlas como compartimentos cerrados.

⁴⁷ Desde este punto de vista las tradiciones culturales existen como continuidades en el tiempo. Aunque estas sean renegociadas y transformadas continuamente su transformación es básicamente generada desde dentro. De aquí que los objetivos de la Arqueología (en particular del análisis cerámico) sean, en primer lugar, describir o determinar la existencia de esas continuidades en el tiempo, y en segundo lugar, vislumbrar de qué forma estas se transforman y cambian. Un aspecto importante en ese caso es saber de dónde vienen las cosas (difusión). Sin embargo la difusión de rasgos debería analizarse a la luz de un proceso social y significativo. Sobre todo, como las asociaciones de un elemento con una cultura anterior o de un elemento con otro afectan su uso dentro del nuevo contexto. Desde esa perspectiva el análisis de la difusión sería explicativo no descriptivo.

⁴⁸ En su esencia, el manejo del tiempo fue sintetizado y segmentado en unidades, social, temporal y espacialmente homogéneas. Esto ha acarreado serias limitaciones al momento de interpretar los complejos panoramas socioculturales regionales y locales en la historia pre-colonial de las Antillas Mayores.

3.5.1 El patrón Taíno y los “desarrollos marginales”. Un enfoque crítico

Un elemento discordante en la propuesta tradicional de explicación de la diversidad cultural de la edad cerámica de las Antillas Mayores se formalizó en la década del ochenta a través del hallazgo de un complejo con cerámica y parafernalia distinta en la isla de Vieques (Puerto Rico). Sus diferencias fueron consideradas a partir de orígenes diferentes al de la tradición cultural Saladoide (Chanlatte y Narganes 1980), lo que generó una discusión que en la arqueología del Caribe se conoce como “el problema de La Hueca”. Este último comenzó a instituir un conjunto de interrogantes que en su mayoría giraban en torno a la derivación o no del complejo La Hueca desde la llamada serie Saladoide, o de su coexistencia con ella en otros contextos de las Antillas Menores. Una pregunta aún más compleja contemplaba los posibles efectos de la interacción de complejos Huecoides con complejos arcaicos en los orígenes y el desarrollo de otras culturas en diferentes sectores de las Antillas (las Antillas Menores y las Antillas Mayores) (Chanlatte y Narganes 2005).

En general el llamado “problema de La Hueca” comenzó a llamar la atención hacia otros derroteros para explicar la diversidad y el desarrollo de las comunidades indígenas antillanas y, a juicio nuestro, inició un cuestionamiento al esquema tradicional que comprende varias aristas. Dentro de ellas dos de las más destacadas y recurrentes a nivel teórico se fundamentan en los paradigmas de interacción (Chanlatte y Narganes 2005; Crespo Torres 2005; Hofman y Hoogland 1999; Rodríguez Ramos 2005; Oliver 1999; Pagán Jiménez *et al.* 2005) y transculturación, y por ende en la valoración de una continuidad histórica de comunidades que hasta esos momentos solo habían sido evaluadas bajo criterios de desplazamiento y aculturación.

La identificación arqueológica del llamado grupo étnico Macorige, supuestamente postulado por las crónicas europeas para la isla de La Española, es otro ejemplo donde las consideraciones no se encuentran divorciadas de la tradicional dicotomía Taíno/Subtaíno.⁴⁹ La atención a esa cuestión desde ópticas históricas o arqueológicas ha generado lo que dentro de la historiografía y la arqueología dominicana se considera como el problema Macorige-Cigüayo.⁵⁰ Entre los estudiosos del tema, la tendencia ha sido a enfatizar en los datos etnohistóricos en combinación con los datos arqueológicos (Ortega 1988; Oliver 2008, 2008a; Pagán Perdomo 1992; Veloz Maggiolo *et al.* 1981; Vega 1990; Wilson 1992), para establecer relaciones que casi siempre asumen un sentido de complemento lineal entre ambos conjuntos de información.⁵¹

La combinación de ambos tipos de datos también ha intentado distinguir aptitudes indígenas hacia los símbolos del cristianismo europeo, y para ello los fundamentos asumen las descripciones sobre la religiosidad y las lenguas indígenas plasmadas en la obra de Fray Ramón Pané (1990) y Fray Bartolomé de Las Casas (1988) en conjunción con los escasos datos arqueológicos generados para el norte de La Española. Sin embargo,

⁴⁹ Se fundamenta en la idea que tienen algunos investigadores de denominar a esta región como Cigüayo-Macoris o de concebir a Cigüayos y Macoriges dentro de un mismo grupo étnico.

⁵⁰ Sobre este tema uno de los autores que más se ha esforzado por aportar desde las informaciones históricas y arqueológicas es Bernardo Vega (1990). A partir del análisis de las referencias de varios cronistas (en especial fray Bartolomé de las Casas, Gonzalo Fernández de Oviedo; Pedro Mártir de Anglería, y un mapa de Andrés Morales) sobre la división política de la isla de La Española y sus diferencias lingüísticas, este autor ha intentado definir los espacios geográficos que correspondían a Cigüayos y Macoriges. En líneas generales su análisis concluye planteado que en la costa norte de la isla vivían tanto Macoriges como Cigüayos, es decir, estos últimos también estaban presentes en las planicies de esa región. Vega (1990) también ha cuestionado que los aborígenes que Colón encontró en su primer viaje en el golfo de las flechas (bahía de Samaná) fueran Cigüayos. Para esa afirmación desarrolla una crítica a planteamientos de Fray Bartolomé de Las Casas que considera contradictorios en relación con los territorios ocupados por Macoriges y Cigüayos. A esto último agrega consideraciones sobre las características descritas para los Cigüayos como propias de los Caribes, y la ausencia de una cerámica propia de ese grupo en un área donde predomina el estilo cerámico Boca Chica.

Por último, basado en la concentración de sitios arqueológicos con cerámica Meillacoides en la supuesta zona o demarcación Macorís-Ciguaya (siguiendo las informaciones de Morales y Martir de Anglería) este autor los considera la representación arqueológica de esos grupos.

⁵¹ Un ejemplo de ello es que al analizar las descripciones de Cristóbal Colón en su recorrido desde la villa de La Isabela hasta el Valle del Cibao en 1494 se han relacionado de forma directa las aptitudes de las comunidades indígenas al paso de las huestes españolas con la identidad de los grupos étnicos, Taínos o Macoriges. Además de identificar sitios arqueológicos ubicados en ese trayecto con aldeas o poblados específicos en los que el Almirante se detuvo o describió a su paso (Guerrero y Veloz Maggiolo 1988; Ortega 1988; Pagán Perdomo 1992).

a excepción de esta isla, en la arqueología de las Antillas Mayores el paralelo entre un estilo cerámico, en este caso el Meillac, o la llamada subserie Meillacan Ostionoid, con el supuesto patrón étnico Macorige ha estado ausente.⁵² La tendencia más bien ha sido a concentrar esfuerzos en visualizar la distribución crono-espacial de las variantes estilísticas de esa cerámica (Allsworth-Jones *et al.* 2007; Allsworth-Jones 2008; Berman y Gnivecki 1995; Celaya y Godo 2000; Domínguez 1991; Gramberry 1956; Herrera Fritot 1964:18-21; Hoffman 1970; Rouse 1992), y en el caso particular de la arqueología cubana, incluso estas han sido diluidas en una denominación general de corte económico, *agroalfareros*.⁵³

En relación al uso del término histórico Macorige, en la documentación inherente a otras islas de las Antillas Mayores es importante resaltar que no aparece asociado con un grupo étnico específico,⁵⁴ con diferencias lingüísticas, o ubicado en un espacio geográfico particular, por lo que su identificación con las variantes arqueológicas de la llamada subserie Meillacan Ostionoid predominantes y mayoritarias en el occidente del Caribe son improcedentes. Algo similar ocurre para el espacio suroccidental de Haití donde existe predominio de una variante de la cerámica de estilo Meillac (estilo Finca) (Rouse y Moore 1985:12-15), sin embargo, no existen referencias a los llamados Macoriges ni a diferencias de orden lingüístico en ningún documento histórico.

En el caso de la isla de Cuba, aunque existe una mención en los documentos históricos del siglo XVII a unos indios que se denominan Macurijes y que habitaban en regiones apartadas de la provincia de La Habana, en las márgenes del río Bunico en Jatibonico. Sin embargo, su uso está vinculado a esa condición habitacional apartada, inhóspita, y no a una identificación étnica particular. Lo anterior coincide con la descripción que los cataloga de “ásperos”, e incluso deja abierta la posibilidad de indios emigrados desde Haití que pasaron a Cuba huyendo de la conquista hasta que fueron finalmente sometidos por Cristóbal de Sotolongo (Escoto 1924:30-31).⁵⁵

En relación al patrón arqueológico Taíno, no está de más señalar que recientemente algunos investigadores (Rodríguez Ramos 2010a:201-203; Oliver 2009:33-36) han establecido diferencias entre la definición desarrollada a la manera tradicional y lo que ellos definen como “Tainidad”. A partir de aquí, consideran lo Taíno como equivalente a un amplio espectro o mosaico de grupos sociales con diversas formas de expresar su identidad. En ese sentido no se identifican con el uso convencional del término en singular, sino que lo equiparan a una diversidad de expresiones culturales y sociales que interactuaban y negociaban sus identidades en diferentes contextos y momentos. Otros autores (Curet 2006; Petersen *et al.* 2004; Torres Etayo 2006) han reconocido que el término asumido a la manera de una construcción tradicional arqueológica es inoperante en tanto no se refiere a una sustancia real. No se identifica con ningún grupo étnico conectado o relacionado con una cultura y lengua homogénea. Las bases de esa apreciación también se fundamentan en el hecho de que los europeos nunca lo usaron para denominar comunidades que habitaron las Antillas Mayores, simplemente usaron el concepto

⁵² La opinión del historiador dominicano Roberto Cassá (1992:76-81) en relación con la identificación arqueológica de los llamados Macoriges sostiene una posición distinta al vincular datos históricos y arqueológicos. Al evaluar factores que pudieron incidir en la diversidad cultural antillana (migraciones, evolución local, interacción y difusión) así como en desigualdades entre colectivos sociales regionales, este investigador desecha la relación directa entre Macoriges y cerámica Meillacoide. Su análisis parte de la incongruencia entre un patrón étnico y un patrón cerámico, que por demás es mayoritario en buena parte de las Antillas Mayores y Las Bahamas. Debido a esto la analogía cerrada entre estilo y gente solo plantearía un poblamiento de predominio Macorige para las Antillas Mayores, y por tanto una diferencia lingüística general atribuida a estos que no ha sido reconocida para este espacio.

⁵³ A pesar de ello se reconocen variaciones regionales vinculadas con aspectos de evolución, cronología y con procesos de índole cultural y ecológica.

⁵⁴ El investigador José Oliver plantea que el término Macorige hace referencia a gente que no habla “nuestro” idioma (taino), y que se trata de un vocablo arauaco muy difundido (el makú de Río Negro-Amazonas y Orinoco, e incluso en áreas de la Guayana venezolana). Todos esos “makú” son gente de variadas etnicidades que los arauaco-parlantes los designa genéricamente como “maco[r]ix-r[ij]”. Incluso Oliver maneja la hipótesis que los llamados Cigüayos (por su corte de pelo) eran a veces también llamados “macoriges” por también hablar una lengua extranjera, y para hacer otro tipo de distinción (José Oliver comunicación personal).

⁵⁵ Esta información se asume desde documentación histórica como la *Colección de Documentos Inéditos de Indias, Libro de Mercedes del Ayuntamiento de La Habana, Memorias de la Sociedad Patriótica de La Habana*. En ellos a pesar de estimarse un origen oscuro así como una cronología incierta para el momento en que supuestamente arribaron a Cuba, sin embargo, su presencia dentro de este archipiélago se asocia a los lugares donde se establecieron y de los que fueron desalojados a partir de las mercedaciones de tierra concedidas a varios criollos para fomentar hatos y corrales de ganado. Dentro de los lugares que se mencionan aparecen en la provincia de Matanzas el norte de ciénaga de zapata, además de la provincia de Pinar del Río donde existe el río Macuriges y la sabana de los Macurijes.

indio (Oliver 2009:7-8)⁵⁶ o denominativos que resaltaban rasgos físicos presentes en algunos colectivos humanos, o se referían a su ubicación en espacios geográficos particulares.

En esencia, a partir de las críticas anteriores se puede resaltar que lo *Taíno* o la *Cultura Taína* ha sido una construcción a partir de la selección de una serie de rasgos diagnósticos y su distribución. El fundamento teórico para esto se debe buscar en criterios o en el concepto de *Área cultural*, desarrollado por la corriente particularista histórica de la Antropología (básicamente en la etnología), con fuertes incidencias en la Arqueología de América Latina y el Caribe. Esa es también la base sobre la que Irving Rouse (1992:109-123) en su última obra estableció una nueva división de espacios y contextos geográficos donde supuestamente habitaban estos pobladores (Taínos clásicos, Taínos del este, Taínos del oeste, etc.). En ello es posible discernir una concepción de centro-periferia que, de manera más amplia, continúa recreando las ideas anteriormente discutidas de Taíno/Subtaíno, bajo el matiz de los ya mencionados desarrollos marginales.⁵⁷ En esa perspectiva, una vez más la distribución de ciertos rasgos es asimilada como identidad étnica y adquiere personalidad histórica. Este último criterio es la base sobre la que se establece la división de áreas y gentes a las que se consideran taínos (Oliver 2009:9).

En esencia, el término Taíno en ocasiones ha sido usado como una categoría arqueológica para referir una entidad supra cultural reconocida como entidad individual. En ese caso, Taíno es considerado una cultura particular con tradiciones, prácticas socioculturales y políticas distintivas. En otras ocasiones, Taíno se ha usado para referirse a la dispersión antillana de un conjunto de normas y prácticas culturales, cuya variación geográfica rememora los criterios de Taíno/Subtaíno, centro/periferia que, en lo fundamental, tampoco se aleja de los patrones culturales etnohistóricos básicamente reconocidos para las Antillas Mayores.

En síntesis, el procedimiento para delimitar los llamados taínos periféricos (Subtaínos/Macoriges, Lucayos) y los llamados taínos clásicos, ha sido el prevaleciente en distintos modelos arqueológicos de las Antillas Mayores. En el mismo, la variación en ciertos indicadores arqueológicos, básicamente cerámicos, ha generado una constante fragmentación cultural desde un ancestro común. Las diferencias, por tanto, responden a supuestos contrastes determinados básicamente por presencia o ausencia de rasgos en relación con un modelo preestablecido, y no exactamente a una evaluación integral de la cultura material o de otros procesos sociales representados a través de ella.

3.6 Sumario

Algunas de las ideas emergidas como puntos de vista críticos y que pueden considerarse un resumen de los aspectos centrales hasta aquí abordados incluyen:

1. La mayor parte de los argumentos etnohistóricos sobre las sociedades indígenas del Caribe fueron escritos por europeos vinculados a los procesos de conquista y los datos generados usualmente se encuentran relacionados con documentos de carácter oficial o administrativo. En ellos las culturas indígenas tienden a aparecer al margen, y la información fundamental fue creada de acuerdo a los intereses y a la posición que ocupaban sus creadores. A eso se suman otros aspectos, como el contexto y los momentos de la vida de quienes escribieron, y los imperativos de la vida social de la época.
2. Los estudios concentrados en aspectos de las identidades de los grupos indígenas de la región del Caribe (en especial en las Antillas Mayores), solo pueden ser desarrollados a partir de hurgar de manera crítica en las fuentes históricas del contacto, y en los datos generados por la Arqueología. Es imposible reconocer autodefiniciones étnicas para grupos humanos que han desaparecido solo a partir de fuentes escritas de manera tendenciosa, más cuando muchas de ellas no son originales o ediciones de primera mano.

⁵⁶ Los europeos también usaron otros términos para referirse a ciertos colectivos indígenas y resaltar determinados rasgos de ellos. En ese caso aparecen términos como Lucayo (persona de las islas o isleñas) usado para referirse a los Indios de Las Bahamas; Cigüayo, utilizado en La Española como referencia a los aborígenes de cierta región distinguidos por su peculiar forma o estilo del pelo. Otro término colectivo fue el de Ciboney utilizado para designar a los indios del sudeste de Cuba, a los cuales los españoles consideraron menos desarrollados que los de La Española. Por su parte el término Macorix o Macoriges se utilizó para nombrar a los nativos que habitaban el noroeste de La Española y quienes hablaban en un lenguaje distinto.

⁵⁷ La designación geográfica de Taínos del este y Taínos del oeste en relación con la propuesta de Taínos vista por Rouse no oculta esa noción de centro-periferia en tanto estos son considerados conjuntos estándares en comparación con el área nuclear central. Para Rouse los taínos que vio Colón son resultado de la culminación de un proceso histórico continuo de divergencia desde un ancestro cultural común.

3. El desarrollo de la Arqueología del Caribe (sobre todo en las Antillas Mayores), básicamente se ha solapado con la historia narrativa y con los términos derivados desde ella a partir de 1492. La utilización de esos criterios clasificatorios en la Arqueología, ha tenido importantes efectos en los estudios sobre las comunidades indígenas del área. A nivel arqueológico esos efectos se presentan vinculados al empleo de los conceptos de *patrones* y *área cultural* donde las clasificaciones etnohistóricas se erigen en un conjunto de rasgos básicos, un conglomerado de elementos materiales, prácticas sociales y organizaciones políticas asumidas con sentido de distribución espacial, temporal y de gentes. A través de ellas se desdibuja el verdadero sentido de comprensión de la historia pre-colonial.
4. Los puntos de vista arqueológicos orientados hacia el reconocimiento y entendimiento de la diversidad y complejidad (Curet 2005; Wilson 1999; Oliver 2009; Valcárcel 2002; Hofman *et al.* 2007; Keegan y Rodríguez Ramos 2007; Rodríguez Ramos y Pagán 2007) de las comunidades indígenas caribeñas han demostrado poca correspondencia con las fuentes etnohistóricas. En algunos casos, los estudios arqueológicos de las Antillas Mayores han mostrado la poca consistencia de los testimonios que supuestamente asocian la presencia de ciertos grupos con espacios específicos al momento del contacto (Keegan 1992; Rodríguez Ramos 2008; González Herrera 2008).
5. La Arqueología ha determinado la existencia de relaciones de interacción intensa en los momentos pre y post contacto con los europeos al interior de los espacios antillanos (Antillas Mayores y Antillas Menores), y entre estos y el continente. En esas relaciones las motivaciones pudieron ser diversas, cambios demográficos o políticos, alianzas, intercambio de materias primas o de bienes, entre otros (Hofman y Carlin 2010; Rodríguez Ramos 2010, 2011).
6. El reconocimiento de la interacción, la transculturación y el incremento demográfico, se han convertido en factores claves para revelar la diversidad y el pluralismo cultural en las Antillas Mayores. Además de constituirse en factores importantes para la explicación de la riqueza del llamado patrón cultural “taíno”, la complejidad sociopolítica (Curet 2005), y la existencia de un mosaico multicultural resultado de conjunciones históricas de grupos con ancestros diversos.

3.7 Discusión. Hacia nuevas pautas en la relación entre Etnohistoria y Arqueología en el Caribe

Como se ha mostrado a lo largo de párrafos anteriores, términos y rasgos que supuestamente definen grupos culturales en las fuentes etnohistóricas, han constituido una de las bases para derivar las propuestas de culturas arqueológicas en el Caribe, sobre todo en las Antillas Mayores. Las críticas a ese punto de vista (Hulme 1993; Whitehead 1995; Wilson 2004, 2007; Curet 2006) han demostrado que no solo los nombres son inexactos, sino que además detrás de ellos se enmascara un amplio rango de variabilidad en cuanto a lenguajes, costumbres y otros aspectos que las propias crónicas de la conquista solo reseñaron o recogieron de manera superficial.

A tono con lo anterior, en la actual Arqueología del Caribe se ha comenzado a desarrollar no solo una crítica al uso tradicional de los términos derivados de documentos etnohistóricos (Cassa 1992; Petersen *et al.* 2004; Wilson 2004; Curet 2006; Rodríguez Ramos 2008; Oliver 2008), sino también a la relación lineal entre esos modelos y los patrones arqueológicos. El fundamento de esto se encuentra básicamente en el reconocimiento de una diversidad cultural que rompe con los criterios de homogeneidad y aislamiento, y prioriza las interacciones entre culturas de naturaleza y espacios diversos.

Desde esas nuevas consideraciones, los patrones culturales tradicionales han comenzado a perder su connotación de grupos étnicos (gentes) conectados con una cultura y una lengua (Hofman y Carlin 2010). Bajo la estela de antiguas denominaciones, se ha emprendido la evaluación arqueológica de una pluralidad de grupos sociales, fronteras lingüísticas y alianzas políticas, originadas desde tradiciones y lugares diferentes (Curet 2003, 2006; Curet y Hauser 2011; Hofman y Carlin 2010; Rodríguez Ramos 2011; Oliver 2009; Wilson 1999). Las Antillas precolombinas han comenzado a ser consideradas un mosaico multicultural (Wilson 1999), donde los contextos que antes se imaginaban bajo un patrón homogéneo, han dejado de percibirse como idénticos o aislados. En ese sentido ha adquirido importancia la declaración de las interacciones reconocidas a partir de distintos mecanismos sociales como las alianzas políticas, el comercio, los sistemas de creencias, el intercambio, entre otros (Mol 2011). En esa perspectiva, la historia pre-colonial del Caribe ha iniciado acercamientos más serios a reconocer procesos como la fisión, la fusión, la etnogénesis, la transculturación y el desarrollo de sociedades locales que mantenían un intercambio regular desde los primeros momentos (Hofman *et al.* 2006; Hofman y Bright 2007; Hofman y Carlin 2010). En otras palabras, las fronteras entre grupos y culturas (patrones),

lejos de ser consideradas esquemas rígidos y fijos, han comenzado a exhibir su real naturaleza fluida y diversa. Esto a su vez genera la necesidad de validar una continuidad histórica que no establece cortes radicales entre edades, culturas, estilos, grupos humanos, islas o regiones.

Las ideas con ese sentido (Curet 2006; Hulme 1993; Macachlan y Keegan 1990; Wilson 2004), también señalan la necesidad de desarrollar criterios de orden metodológico al momento de abordar con ojos arqueológicos y antropológicos las fuentes etnohistóricas, y sobre todo exponen algunos de los problemas más frecuentes que se enfrentan al momento de combinar de manera poco crítica informaciones de ambas disciplinas (Etnohistoria y Arqueología). En ese sentido, las nuevas ideas plantean la necesidad de ver el Caribe más allá de las islas antillanas y más allá de modelos aislados en sentido espacial, temporal y social.

Desde esa revisión arqueológica se derivan dos escenarios claves al momento de enfrentar el análisis de las comunidades indígenas de la región. El primero de ellos se refiere a los llamados ciclos de interacción multivectoriales, que redefinen la región caribeña como algo más cercano al criterio de Circun-Caribe o Pan-Caribe (Rodríguez Ramos 2010, 2011; Hofman *et al.* 2007), y el segundo, se refiere a la percepción de ese espacio como un mosaico multicultural, matizado por procesos sociales complejos (Wilson 1999, 2007; Curet 2005, 2006; Curet y Hauser 2011; Hofman y Carlin 2010).

En relación con el uso de las fuentes etnohistóricas por la Arqueología, han alentado la perspectiva crítica en detrimento de las opciones de complementariedad (Curet 2006; Davies y Goodwin 1990; Hulme 1993; Hulme y Whitehead 1992; Sued Badillo 1992, 1995; Whitehead 1995; Wilson 2004, 2007). El llamado es a considerar los datos emanados desde ambas fuentes (Arqueología y Etnohistoria), como líneas de evidencias independientes, donde cada una debe ser evaluada a fines de determinar su uso apropiado de acuerdo al problema investigado.

En general, la percepción de la historia pre-colonial del Caribe ha comenzado a ser transformada en las dos últimas décadas a partir de una combinación de estudios arqueológicos y etnohistóricos con sentido crítico (Hulme 1993; Wilson 1993, 2004; Whitehead 1995, Hofman y Hoogland 2004; Oliver 2008, 2009). Esa combinación ha iniciado el camino para desmitificar ideas creadas por antiguos conocimientos, además de concentrar esfuerzos en reconocer y comprender la complejidad.